PROFUNDOS SECRETOS DEL DESARROLLO HUMANO A LA LUZ DEL EVANGELIO DE SAN MATEO

RUDOLF STEINER

CURSO DE TRES CONFERENCIAS PRONUNCIADAS LOS DIAS 1°, 9 Y 23 DE NOVIEMBRE DE 1909, EN BERLIN (DE UNA VERSIÓN TAQUIGRAFICA SIN ULTERIOR CORRECCION DEL DISETANTE)

OBSERVACIONES PRELIMINARES [1]

El siguiente pasaje, tomado de La historia de mi vida, de Rudolf Steiner, puede servir a modo de adecuada introducción para la publicación de esta serie de conferencias, difundidas originalmente en forma privada, por voluntad expresa de los miembros de la Sociedad Antroposófica, y que brindamos ahora al público en forma de libro: De mis trabajos dedicados a la antroposofía se han desprendido dos frutos: primero, los libros editados para el público del mundo y, segundo, una gran cantidad de conferencias que en un primer momento sólo estuvieron destinadas a la edición privada, a la venta para los miembros, exclusivamente, de la Sociedad Teosófica (más tarde Antroposófica). Se trata de verdaderos apuntes de las conferencias, más o menos ajustados, que yo, por falta de tiempo, no pude corregir. A mi juicio, lo mejor hubiera sido que las palabras pronunciadas no hubieran perdido el carácter de tales para imprimirse sobre el papel. Pero los miembros de la Sociedad reclamaron su publicación y así fue como se editaron. Si hubiera dispuesto, entonces, del tiempo necesario para corregir los apuntes, no hubiera sido necesaria la restricción para miembros solamente, restricción mantenida durante más de un año. A esta altura de la historia de mi vida se hace necesario explicar, ante todo, cómo estos dos objetos - mis libros publicados y la difusión privada de estos apuntes - se combinan para formar las bases de la antroposofía. Todo aquel que desee interiorizarse de mi lucha y esfuerzos íntimos para colocar a la antroposofía ante los ojos de la época actual, deberá hacerlo sobre la base de mis escritos destinados a una circulación general. Me he explicado en ellos, haciendo referencia a todo lo que se halla presente en el esfuerzo de la edad contemporánea por la obtención de conocimientos. Condensé allí lo que había ido cobrando forma en mi ser a manera de percepción espiritual, hasta convertirse en la estructura de la antroposofía, pero de modo por cierto incompleto, desde muchos puntos de vista. Junto con el propósito de echar los cimientos de la antroposofía y de servir, de este modo, sólo a los fines que resultan cuando se dispone de conocimientos provenientes del mundo del espíritu para brindarlos al mundo moderno de la cultura, se hizo presente también una nueva exigencia, a saber, la de encarar abiertamente lo que en los miembros de la sociedad se manifestaba como una necesidad de sus almas, como un irreprimible anhelo del espíritu. Existía, ante todo, una fuerte tendencia a escuchar los Evangelios y, en general, los escritos bíblicos, tendencia puesta de manifiesto en aquello que comenzaba a desarrollarse como la nueva concepción antroposófica. La gente demostraba interés por las conferencias dedicadas a estas revelaciones entregadas a la humanidad. En tanto que se desarrollaban los cursos privados para satisfacer los deseos antes aludidos, se abrieron a la sociedad, como consecuencia, nuevas perspectivas. Sólo los miembros asistían a estos cursos. Se hallaban aquellos familiarizados con los conocimientos elementales de la antroposofía y era posible, entonces, dirigirse al auditorio como a individuos iniciados en el reino de la antroposofía. El carácter de estas conferencias privadas no era el indicado, en consecuencia, para una difusión más amplia, destinada al público en general. En los grupos de iniciados me atreví a hablar de ciertos problemas en

[1] EXTRACTADAS DE “LA HISTORIA DE MI VIDA”, DE RUDOLF STEINER

una forma que jamás hubiera empleado, de haber estado mis palabras dirigidas a un público más vasto. De este modo, tanto en mis escritos públicos como en los privados, existía realmente un material derivado de dos fuentes distintas. En los escritos públicos he condensado todo lo que es fruto de mi lucha y esfuerzo personal; en los apuntes de mis conferencias privadas, la propia Sociedad desempeña un importante papel en dicha lucha. No ignoro los esfuerzos de la vida espiritual de los miembros y a través de éste mi vivir en torno a lo que así conozco, queda determinada la naturaleza del curso. Debido a estos trabajos provenientes de la realidad de las necesidades espirituales de los miembros, estos apuntes deben ser juzgados can criterio distinto, sin aplicarles los mismos cánones que a la otra obra destinada a una difusión más general. El contenido de los primeros estaba destinado, en su origen, a la comunicación verbal, no a la impresa; lo que en aquella oportunidad se declaró, fue el resultado de la estrecha observación, prolongada a lo largo del tiempo, de las necesidades espirituales de los miembros. El material de que constan los escritos publicados se adapta a las exigencias de la antroposofía como tal; la forma en que fueron desarrollados los apuntes guarda relación, en cambio, con la configuración del alma, de la Sociedad como un todo único.

PRIMERA CONFERENCIA

Las conferencias pronunciadas sobre el tema de los Evangelios de San Juan y San Lucas y la corriente del pensamiento mediante la cual tratamos de comprenderlos, sólo pueden describirse si decimos que estos estudios tuvieron su origen en el siguiente punto de vista: El Ser que describimos como el Ser de Jesucristo - en la medida en que es posible a nuestro entendimiento humano, en la actualidad, describir Su Ser - es tan grande, tan infinito y poderoso, que de tal consideración no puede resultar ninguna conclusión que nos faculte para decir en forma unilateral alguna, Quién Era Jesucristo y lo que Su Ser significa para el alma y el espíritu de todo individuo humano. Esto no parecería sino una falta de respeto hacia el más grande problema universal de la existencia. Reverencia y temor son las palabras que mejor describen la actitud de la mente que ha servido de punto de partida a nuestras consideraciones, reverencia y veneración puestas de manifiesto en la actitud del alma que aconseja: no tratéis de llevar demasiado alto la comprensión humana cuando os aproximéis a los problemas más grandes. No tratéis nunca de elevar demasiado lo que una ciencia espiritual jamás demasiado glorificada, os imparte -aun cuando se eleve hacia los reinos más altos, como es el caso cuando se abordan los grandes problemas de la vida - y no os imaginéis que el lenguaje humano pueda llegar a expresar más de un aspecto, en el mejor de los casos, de este abrumador problema. Todas las conferencias pronunciadas en el curso de los últimos tres años giraron en torno a una afirmación contenida en el Evangelio de San Juan. Y es esta: "Yo soy la Luz del Mundo". Todas las conferencias que versaron sobre el Evangelio de San Juan tuvieron por fin exclusivo la dilucidación de esa frase. Y otras conferencias, relacionadas con las anteriores, tuvieron por propósito, una vez familiarizado el auditorio con aquéllas, tornar gradualmente comprensibles dichas palabras o, por lo menos, proporcionarles a los discípulos alguna idea de lo que la frase "Yo soy la Luz del Mundo" significa. Cuando veis brillar una luz, ¿comprendéis acaso, nada más que por el hecho de verla, que aquello que brilla es una luz? Y una vez que habéis comprendido ciertas cosas relativas a los colores y peculiaridades de esa luz... ¿comprendéis, acaso, qué es lo que da la luz? ¿Conocéis el sol por el solo hecho de poder mirar su luz y recibir su blanco resplandor? ¿No podéis, por ventura, imaginar que existe algo más en la comprensión de aquello que os envía su luz, fuera de la percepción de su brillo? Por el hecho de que el Ser de Quien hemos hablado haya dicho de Si mismo: "Yo soy la Luz del Mundo", ¿habremos necesariamente de comprender esta frase, o habremos comprendido cosa alguna de este Ser, fuera de la revelación de Si mismo brindada en estas palabras? Todo lo que dijimos con referencia a nuestros estudios sobre el Evangelio de San Juan era necesario para demostrar que el Ser que contiene en Su interior la sabiduría universal es la Luz del Mundo. Pero este Ser es muchísimo más que lo que el Evangelio de San Juan puede describir. Cualquiera que se

sienta capaz de comprender y captar la significación de Jesucristo a través de la lectura de estas conferencias sobre el Evangelio, creerá también que a partir de una sola afirmación de la cual alcanzó a vislumbrar el significado, podrá comprender la integridad total de aquel luminoso Ser. A las conferencias dedicadas al Evangelio de San Juan, siguieron las correspondientes al Evangelio de San Lucas, en las cuales se expuso un nuevo punto de vista. Si todo lo que se dijo en los estudios relativos al Evangelio de San Juan tuvo como único fin servir a la comprensión más o menos cabal de la frase "Yo soy la Luz del Mundo", podría decirse de las conferencias dedicadas al Evangelio de San Lucas - si se las entiende en su sentido recto y profundo - que apuntaron al esclarecimiento de las frases: "Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen" y "Padre, en Tus manos encomiendo mi Espíritu". Lo que Jesucristo es - no ya como la luz del mundo, sino como el Ser que realizó el mayor sacrificio de la existencia, el Ser que lo reunió todo dentro Suyo y que, sin embargo, no se perdió; Aquel que encerró en Su interior la posibilidad del mayor renunciamiento y constituye, por lo tanto, la fuente de toda compasión y amor, Aquel que se vierte a Si mismo cálidamente en toda vida humana futura y terrenal, queda comprendido en estas palabras que presentan, así, un segundo aspecto de lo que llamamos el Ser de Jesucristo. Hemos descrito este Ser como Aquel que, en Su compasión, llevó a cabo el mayor de los sacrificios y, Aquel que, por el poder de Su luz, iluminó toda la existencia humana. Hemos descrito la luz y el amor tal como aparecían en Jesucristo, y aquellos que comprenden cabalmente las conferencias dedicadas a los Evangelios de Juan y Lucas podrán tener una idea de lo que la "luz" y el "amor y compasión" de Cristo significaron. Hemos tratado, hasta aquí, de comprender dos cualidades de Jesucristo en su significación universal. Todo cuanto se ha dicho acerca de Cristo en su carácter de Luz espiritual del mundo - que, como toda sabiduría primordial, impregna todas las cosas, viviendo y palpitando en ellas surge a la observación espiritual de las revelaciones contenidas en el Evangelio de San Juan; no hay sabiduría humana que de alguna manera no esté incluida en este Evangelio. Se encierra allí todo el Saber del mundo; en efecto, aquellos que perciben la sabiduría del mundo en Jesucristo, no sólo la perciben tal como ésta fue materializada en el pasado prístino, sino también como habrá de fructificar en un lejano futuro. Por lo tanto, en nuestros estudios vinculados con el Evangelio, debemos elevarnos muy alto, al igual que el águila en el cielo, por encima de la existencia humana. Una vez desarrolladas las grandes ideas que sólo la comprensión del Evangelio de San Juan hace posibles, el espíritu flota con estas inconmensurables y omnicomprensivas ideas, muy por encima de aquellas que suelen preocupar al alma del individuo humano. Las Cosmo-ideas omnicomprensivas de que trata esta Sophía o ciencia, fluyen hacia nosotros cuando nos concentramos en el estudio del Evangelio de San Juan. Entonces, lo que llega hasta nuestro espíritu desde el Evangelio parece cernirse en las alturas, cual potente águila, por encima de todos los sucesos del destino cotidiano, momentáneo, del individuo humano. Cuando descendemos a observar una sola vida humana, de hora en hora, de día en día, de año en año, de siglo en siglo, de milenio en milenio; cuando nos detenemos especialmente a observar en ella aquellas fuerzas que denominamos amor humano, vemos entonces a este amor que surge en los corazones y almas humanos. Vemos, por un lado, cómo da lugar en la humanidad a los actos más nobles del heroísmo y cómo los más grandes actos del sacrificio humano tienen su origen en el amor a este o aquel ser, a esta o aquella causa. Y vemos también cómo produce el amor los sentimientos más nobles en el corazón de los hombres y cómo al mismo tiempo, sin embargo, se presenta como peligrosa espada de doble filo. Veamos, por ejemplo, el caso de una madre que ama profundamente a su hijo; éste comete una torpeza, pero es tanto su amor de madre que no es capaz de sobreponerse a su amor para castigarlo. El hijo incurre en una segunda falta y nuevamente carece la madre de la decisión necesaria para castigarlo. Y así siguen las cosas, relajándose la moral del hijo hasta convertirlo en un pecador. Puesto que cuando se habla de cosas tan fundamentales como ésta no es prudente servirse de ejemplos tomados de nuestros tiempos, me remitiré a uno extraído de época ya lejana. En la primera mitad del siglo XIX había una madre que amaba profundamente a su hijo. (Debemos declarar aquí que nunca podrá estimarse demasiado ese amor; él pertenece y pertenecerá siempre a los atributos más altos del género humano.) La madre de nuestro caso amaba a su niño y no tuvo el coraje suficiente para castigarlo por un pequeño robo que cometió en la familia; hubo luego un segundo robo y tampoco ahora logró la madre sobreponerse a sus sentimientos para castigarlo. Y el hijo se convirtió así en un conocido envenenador.

Y ello, tan sólo por el amor ignorante y mal encaminado de su madre. Cuando al amor se une la sabiduría pueden entonces lograrse las acciones más nobles de la existencia. La gran significación de aquel amor que emanó hacia el mundo desde el Gólgota se debe a que procedía de un Ser dotado de la Luz del mundo, de la Sabiduría. Así, pues, cuando pensamos en estos dos tributos, es tal nuestra concepción de Cristo que no tardamos en reconocer en el amor el objeto más glorioso del mundo, si bien reconocemos, al mismo tiempo que el Amor y la Sabiduría se hallan indisolublemente ligados uno con otro, en el sentido más profundo. ¿ Qué es lo que se nos impone al formular todas estas consideraciones con respecto a los Evangelios de San Juan y de San Lucas? Nada sino aquellas cualidades presentes en Jesucristo que podrían llamarse la Luz de la Sabiduría universal y el Calor del Amor universal que se combinan en Él como en ningún otro Ser del mundo y que se hallan más allá del alcance de la capacidad de comprensión humana. Si con referencia al Evangelio de San Juan hablamos de grandes ideas que se elevan en las alturas como el vuelo del águila sobre las cabezas de los hombres, con respecto al de San Lucas diremos que él habla, en todo momento, a cada corazón humano. Lo que otorga mayor significación al Evangelio de San Lucas es que nos colma con el calor que constituye la manifestación exterior del amor; con la comprensión de aquel amor siempre listo para el mayor de los sacrificios, listo para entregarse, y que nada desea sino el propio sacrificio. Si hemos de buscar un ejemplo para ilustrar la situación o actitud del alma producida por el estudio del Evangelio de San Lucas, diremos que se asemeja en alguna forma al caso descrito en los mitos de Mitra referentes a la conducción del animal sacrificado al ara de los sacrificios. Frente al toro, se halla sentado un hombre; se ve arriba el curso de los grandes acontecimientos cósmicos y debajo, el de los sucesos terrenos. El hombre clava el cuchillo en el cuerpo del animal sangrante, que entrega su vida a fin de que el hombre pueda alcanzar lo que debe alcanzar. Cuando contemplamos este rito - común a tantas religiones - cuando contemplamos al animal que debe ser sacrificado a fin de que el hombre logre realizar su destino en la vida, experimentamos ese sentimiento y esa actitud del alma que proporciona el marco emocional apropiado que ha de privar en nosotros cuando emprendemos el estudio del Evangelio de San Lucas. Lo que ha significado, a través de todas las épocas, el toro de los sacrificios para aquellos que comprendían lo que detrás del mismo se encontraba, se resume en esta expresión de amor que debe intensificarse si es que desean los hombres comprender algo de las cualidades del amor aquí representadas. Es esto lo que nos hemos propuesto lograr en nuestro estudio del Evangelio de San Lucas. Se describe aquí nada menos que un segundo atributo del Ser de Jesucristo. ¿Pero conoce, acaso, aquel que conoce los atributos del Ser, el Ser total? Debido a que en ese Ser nos vemos frente al más profundo de los misterios es necesario el desarrollo en nuestro espíritu de una comprensión de estas dos cualidades, pero nadie deberá suponerse capaz de comprender a este Ser mediante la sola consideración de estas dos cualidades del mismo. Hemos descrito aquí dos atributos de Jesucristo y nada hemos admitido que nos ayude a vislumbrar en alguna medida su trascendental importancia. Pero tal es nuestra veneración y respeto por este Ser, que creyéramos, quizás, haber adivinado alguna otra cualidad de las muchas que Él encierra. Supongamos que fuera posible todavía una tercera cualidad; sin embargo, como ésta tendría que relacionarse con algo que aún no ha salido a luz en el curso de nuestros estudios, sólo podría ser explicada en una forma general. Podría decirse entonces: Al describir a Cristo según el Evangelio de San Juan, Lo describimos como un Ser altamente glorificado, pero también como un Ser que hizo uso, en sus actividades, del reino de los Querubines, pleno de sabiduría. Se Lo describe aquí, en consecuencia, de acuerdo con el matiz o color propio de los Querubines, cuando flotan con vuelo de águila sobre la tierra. Si Lo describimos de acuerdo con el Evangelio de San Lucas, debemos referirnos, en cambio, a aquello que nace del corazón de Jesús, como al cálido fuego del amor. Hablamos entonces de lo que Él fue para el mundo porque actuó en aquel glorioso reino en que moran los Serafines. El fuego del amor de los Serafines baña al universo y se comunica a nuestra tierra por intermedio de Jesucristo. Debemos describir ahora un tercer aspecto de Cristo: revela éste lo que Él significó para la tierra, no sólo por ser la Luz de la Sabiduría y el Calor del Amor, no sólo por haber proporcionado los elementos querúbicos y seráficos que integran la vida terrena, sino por lo que Él "fue" y "es" para nuestra existencia terrena. Lo consideramos así, en lo que respecta a Su poder, como aquello que podría definirse como Su "actuación en el reino de los Tronos", de donde proviene toda la fuerza y el poder del

mundo, a fin de que cuando se encierra en la esfera de la Sabiduría y en la del Amor pueda llegar a materializarse. Las tres jerarquías celestiales más altas son la de los Querubines, la de los Serafines y la de los Tronos. Los Serafines nos conducen con su amor hacia las profundidades del corazón humano. Los Querubines, con su Sabiduría, nos elevan a las alturas. La Sabiduría nos llega desde el reino de los Querubines; allí la devoción se torna sacrificio y queda simbolizada en el sacrificio de la bestia. La fuerza que pulsa en las venas del mundo, la fuerza que desarrolla el poder mediante el cual todo puede realizarse - la potencia creadora que palpita en el mundo y que ha sido siempre representada simbólicamente con un León - es aquel poder que llegó a la tierra por intermedio de Jesucristo. Este poder controla y guía todas las cosas y cuando se desarrolla, alcanza la cúspide extrema de la fuerza: tal se nos aparece en el Evangelio de San Marcos, constituyendo el tercer atributo de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando hablamos, de acuerdo con el Evangelio de San Juan, del Gran Ser Solar a Quien damos el nombre de Cristo, hablamos de la Luz del sol terreno en un sentido espiritual; hablamos también en este sentido, cuando, de acuerdo con el Evangelio de San Lucas hablamos del Calor del amor que emana del sol terreno de nuestro Señor Jesucristo; y cuando hablamos de acuerdo con el Evangelio de San Marcos en un sentido espiritual, no hablamos sino del Poder del sol terreno. Todo cuanto en la tierra existe bajo la forma de potencia, todo lo que, oculto o aparente, se comporta como fuerza o poder sobre la tierra, se torna manifiesto en el Evangelio de San Marcos, cuando a él dedicamos nuestros estudios. Si podemos aventurarnos a comprender -o, en todo caso, vislumbrar débilmente - las ideas impartidas a la tierra como pensamientos terrenos de Cristo, cuando nos elevamos hasta Su contemplación en el sentido del Evangelio de San Juan; si podemos llegar a sentir el cálido aliento del amor capaz de sacrificarse a si mismo, cuando el calor del Evangelio de San Lucas fluye dentro de nuestro ser, entonces, si somos capaces de vislumbrar los pensamientos de Cristo en el Evangelio de San Juan y los sentimientos de Cristo en el Evangelio de San Lucas, podremos también aprender la Voluntad de Cristo a través del Evangelio de San Marcos. Y aprenderemos luego a conocer las diferentes fuerzas a través de la cuales pueden cumplirse el Amor y la Sabiduría. Son tres los atributos que podemos llegar a vislumbrar si agregamos a nuestros estudios relativos a los Evangelios de San Juan y San Lucas, aquellos referentes al Evangelio de San Marcos. Podríamos decir entonces: con espíritu reverente nos hemos aproximado a Ti y hemos logrado alcanzar cierto vago vislumbre de Tus pensamientos, Tus sentimientos y Tu voluntad, y estos tres atributos de Tu alma se levantan delante de nosotros proporcionándonos el modelo de vida más noble que darse puede sobre la tierra. Os he presentado estos estudios como si el hombre fuese una cosa muy pequeña y pudiese decirse de él: el hombre consta de un alma dotada de sentimiento, de comprensión y de conciencia, para pasar luego a considerar las caracteristicas especiales de esta alma dotada de sentimiento, comprensión y conciencia. Si aplicásemos la expresión "alma consciente" a Cristo, podríamos decir: a través del Evangelio de San Juan, alcanzamos cierto vago concepto de lo que es la comprensión; a través del Evangelio de San Lucas, se nos impone cierta visión del alma sensible de Cristo, y a través del Evangelio de San Marcos, del alma consciente con todas sus fuerzas volitivas. Todo esto, si se le dedica el estudio necesario y adecuado, arroja luz sobre las fuerzas de la naturaleza, visibles e invisibles, que rigen nuestro universo, según se concentran en la individualidad singular de Cristo: arroja luz sobre el Ser que abarca dentro de Si todas las fuerzas del universo. Al estudiar el Evangelio de San Juan penetramos profundamente en los Pensamientos de este Ser y al estudiar el Evangelio de San Lucas, en Sus Sentimientos; y dado que con respecto a estos últimos no es necesario penetrar tan profundamente en la Individualidad de este Ser, nuestras consideraciones con respecto a los mismos son simples, si se las compara con aquellas que debimos encarar al estudiar el Evangelio de San Marcos, bajo la forma de un "sistema" de todas las fuerzas invisibles, tanto naturales como espirituales, que integran el Universo. Todo esto se halla inscripto en las Crónicas Akáshicas y su reflejo nos es devuelto como por un espejo cuando damos entrada en nuestro espíritu a la influencia de este potente documento, a saber, el Evangelio de San Marcos. Adquirimos entonces una oscura comprensión de lo que se halla concentrado dentro del Ser singular de Cristo, de todo aquello que se halla en cambio distribuido entre los distintos Seres del Universo. Comprendemos entonces - y cada vez se hará para nosotros más luminoso y magnífico - todo aquello que hemos aprendido a reconocer como los planes elementalmente verdaderos y originales de estos diversos Seres. Una vez que logramos registrar todos

los misterios de la Voluntad Universal tal como se nos presenta en el Evangelio de San Marcos, nos aproximamos reverentes al meollo del universo, a Jesucristo, al aprehender, de alguna manera, Sus pensamientos, Sus sentimientos y Su voluntad. Nuestra observación de la interacción de pensamiento, sentimiento y voluntad, nos proporciona un cuadro más o menos completo del hombre; pero no podemos observar cabalmente el pensamiento, el sentimiento y la voluntad por separado, aun en un individuo. Aunque reunamos estos atributos, nuestra mirada ni aun entonces alcanza a abarcar lo necesario para percibirlo todo. Si bien nuestra tarea se ha allanado considerablemente al separar las tres cualidades del alma y al someter a cada una de ellas a una observación individual, nuestro cuadro se confunde cuando las contemplamos todas juntas. Cuando se han estudiado tres Evangelios, el de San Juan, el de San Lucas y el de San Marcos, y se ha adquirido así cierta percepción del pensamiento, sentimiento y voluntad de Jesucristo, es posible entonces comprender el agente capaz de unir a estas tres cualidades dentro de un todo armonioso. El cuadro ha de ser, necesariamente, oscuro e indistinto, puesto que ningún poder humano es lo bastante grande para reunir en un solo ente individual aquellas tres cualidades antes separadas. En el Ser es la unidad, jamás la separación. De modo " que sólo al final,[2] podremos aventuramos a reunirlas en la unidad. El cuadro se ha oscurecido pero para ser finalmente reemplazado por otro y es éste el de Jesucristo surgiendo ante nosotros como un hombre terreno, tal como el hombre fue en los comienzos. Cuando estudiamos el Evangelio de San Mateo se nos presenta un cuadro de lo que Jesús fue como hombre, de la forma en que actuó como hombre en sus 33 años de vida terrena. El contenido de dicho Evangelio constituye un armonioso retrato de un ser humano. Si en las conferencias dedicadas al Evangelio de San Juan describimos un Divino Hombre cósmico perteneciente al universo entero, si en las dedicadas al Evangelio de San Lucas describimos un significativo Ser de Amor, capaz de autosacrificio y en las dedicadas al Evangelio de San Marcos, la Voluntad del Mundo operando dentro de un solo individuo, ahora, al estudiar el Evangelio de San Mateo, nos vemos abocados a la descripción de la verdadera forma del Hombre de Palestina, de aquel Hombre que habitó en aquella tierra 33 años y en Quien se halla reunido todo lo que en nuestros estudios de los otros dos Evangelios salió a luz. La forma de Jesucristo nos llega a través del Evangelio de San Mateo de manera totalmente humana, y esta forma no podríamos haberla comprendido, sin embargo, si no hubiera precedido a su examen el estudio de los otros Evangelios. Aun cuando hombre tan excepcional se nos aparezca, así, oscurecido, vemos todavía en esta imagen debilitada el reflejo de lo que en nuestros otros estudios hemos aprendido. Al estudiar el Evangelio de San Mateo obtenemos, por primera vez, un cuadro de la personalidad de Cristo. He aquí, pues, cómo se nos presenta ahora todo el problema, tan diferente esta vez del que encaramos al emprender el estudio del Evangelio de San Juan. Puesto que ya hemos estudiado dos Evangelios, podremos tratar de establecer la forma en que ambos se hallan interiormente relacionados y la manera en que puede trazarse un retrato de Jesucristo cuando - adecuadamente preparados ya - nos aproximemos al Hombre que se convirtió en lo que Él fue en la tierra por intermedio de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando estudiamos el Evangelio de San Juan, nos enfrentamos con un hombre divino; cuando estudiamos el Evangelio de San Lucas, nos encontramos con un Ser que reúne en si mismo las corrientes que, procedentes de los puntos más diversos, pasan a formar una única y más grande, aquella que se desarrolló en la tierra como resultado de las prédicas de Zaratustra y de Buda, a saber, la prédica de la compasión y del amor. Todo cuanto de esta naturaleza había existido previamente nos sale al encuentro cuando nos concentramos en el estudio del Evangelio de San Lucas. Si volvemos ahora la vista hacia el Evangelio de San Mateo, se nos aparece, en primer lugar, íntima y exactamente, qué fue lo que nació de un "pueblo peculiar", de la antigua raza hebrea, a saber, el Hombre Jesús tal como se hallaba arraigado a Su nación, el Hombre Jesús tal como debía ser dentro del antiguo pueblo hebreo, y podemos llegar a comprender, también, por qué la sangre de esta antigua raza tuvo que ser empleada de manera muy especial a fin de que pudiera contribuir a la producción de la sangre de Jesucristo para la humanidad terrena. Al estudiar el Evangelio de San Mateo, no sólo encontramos la esencia del judaísmo de la antigüedad, sino que aprendemos

[2] Es decir, en el Evangelio de San Mateo. (N. del Ed.)

también la misión de este pueblo para con el mundo entero, el nacimiento de una nueva edad, el nacimiento de la cristiandad en la cuna del antiguo mundo hebreo. Si recibimos, a través del Evangelio de San Juan, ideas grandes, significativas y omnicomprensivas; si adquirimos, a través del Evangelio de San Lucas, cierta percepción del ilimitado calor del amor capaz de sacrificarse; si logramos comprender, en cierta medida, a través de nuestros estudios del Evangelio de San Marcos, las fuerzas de todos los Seres y reinos del universo, aprenderemos ahora a conocer y sentir mediante la vida de Jesucristo todo lo que en Palestina vive en la humanidad y en la evolución humana sobre la tierra. El Evangelio de San Mateo contiene lo que Jesucristo era como Hombre, lo que Él es en su carácter de Hombre, y todos los secretos de la historia humana y el desarrollo humano. Si el Evangelio de San Marcos contiene los secretos de los seres y reinos de la tierra, y los del cosmos relacionados con la tierra, el Evangelio de San Mateo encierra los secretos de la historia humana y a él debemos recurrir para conocerlos. Hemos aprendido, a través del Evangelio de San Juan, lo que Sophia significa; a través del de San Lucas, el misterio del sacrificio y del amor; a través del de San Marcos, las fuerzas de la tierra y del universo; ahora, mediante el estudio y contemplación del Evangelio de San Mateo, conoceremos la vida humana, la historia humana y el destino humano. Habiendo dedicado, a lo largo de los siete años de nuestro movimiento espiritual, cuatro años enteros a la preparación de los cimientos para estas enseñanzas, y tres años, a su profundización e intensificación, por considerarlas una beneficiosa luz capaz de iluminar los diversos sectores de la vida, tendríamos que seguir ahora, en nuestra tarea, con el estudio del Evangelio de San Marcos, para coronarla, finalmente, con el estudio de Jesucristo a través del estudio del Evangelio de San Mateo. Pero puesto que la vida humana es imperfecta, esto no pudo ser; por lo menos entre todos los que participaban del movimiento; no pudo ser porque jamás podríamos haber pasado al estudio del Evangelio de San Marcos sin desencadenar una serie de malos entendidos. La forma de Cristo hubiera sido erróneamente interpretada si se hubiera creído que de las consideraciones formuladas con respecto a los Evangelios de San Lucas y San Juan podía desprenderse un conocimiento de este Ser; del mismo modo, también podría haberse creído que todo lo que nos aventurábamos a decir con respecto al Evangelio de San Marcos debía aplicarse en forma unilateral. En este caso, los malos entendidos podrían haberse tornado más serios aún de lo que ya eran, por lo cual, en vista de ello, preferimos escoger el otro camino. Nos abocaremos pues, a la brevedad, a un cuidadoso estudio del Evangelio de San Mateo. Al hacerlo empezaremos por dejar a un lado las grandes profundidades contenidas en el Evangelio de San Marcos, evitando así el que se nos acuse de considerar un solo atributo suficientemente representativo del Hombre total; esperamos, así, eliminar todo malentendido. Nos circunscribiremos en este estudio, principalmente, y en la medida de lo posible, al advenimiento de Jesucristo en medio del pueblo hebreo y a lo que podría llamarse el nacimiento de la cristiandad en Palestina. En nuestra tarea, nos remitiremos, en las próximas conferencias, al Evangelio de San Mateo, considerando a Jesucristo en su totalidad, con la esperanza de evitar, así, toda confusión en lo atingente a los diferentes atributos de este Ser. Lo que tengamos entonces que decir acerca del Evangelio de San Marcos habrá de seguirse con mayor facilidad.

SEGUNDA CONFERENCIA

En la última conferencia expliqué mi deseo de formular algunas meditaciones relativas a los Evangelios y di las razones por las cuales creía conveniente dedicar esta conferencia al Evangelio de San Mateo. En cierto sentido, es en este Evangelio donde se nos presenta el lado más humano de Jesús; por otra parte, coloca ante nuestra vista, una revisión completa de los acontecimientos históricos, mostrándonos la forma en que Jesús surgió como fruto de la propia humanidad. Puesto que aquí se nos enseña que el mayor acontecimiento dentro de la evolución terrena fue resultado del desarrollo histórico, podemos aventurarnos a suponer que este mismo Evangelio debe contener también los secretos más profundos referentes al nacimiento y desarrollo de la humanidad. No dejaré pasar esta oportunidad sin hacer

nuevamente hincapié en el hecho de que los temas a tratar aquí son de naturaleza sutil y que seria demasiado fácil dañar el movimiento científico espiritual si los secretos aquí revelados fueran expuestos al mundo en forma unilateral. De este modo, trataremos de poner el mayor cuidado para no desvirtuar las delicadas comunicaciones referentes a estos problemas, Nunca se insistirá demasiado en que todo aquel que desee trazarse un cuadro de Cristo, sólo podrá hacerlo si tiene la paciencia suficiente para describir a este Ser desde los cuatro ángulos que nos brindan los Evangelios. Aun en el Evangelio de San Lucas puede observarse cómo las dos grandes corrientes precristianas, la procedente de Zaratustra y la derivada del budismo, se unen para verter su contenido en el gran río de la vida cristiana sobre la tierra. El Evangelio de San Mateo trata, en primer lugar, un tema completamente diferente, a saber, la demostración de la forma en que la naturaleza corporal en que se encarnó la individualidad de Zaratustra evolucionó en el seno de la antigua raza hebrea. Su tarea consiste en mostrar el papel que correspondió a la antigua raza hebrea en la evolución total del género humano. Es fácil comprenderlo, cuando decimos que la individualidad de Zaratustra se encarnó en Jesús de Belén, que sólo la naturaleza corporal nació entonces en el seno de la raza hebrea y que nada se implica fuera de que Zaratustra adquirió una forma corporal que había tenido su evolución dentro de aquella antigua raza. Cualquier otro sentimiento que se pretenda introducir, terminará presentando un cuadro totalmente falso de la verdad. Cada vez se torna más claro para nosotros, tras estas consideraciones, que una individualidad tal como la de Zaratustra tenia necesidad de una naturaleza corporal que le sirviese a modo de instrumento. Cuando una individualidad desciende a la tierra desde los mundos más altos, desde los mundos divinamente espirituales, y se encarna en una naturaleza corporal inadecuada, nada puede hacer de ésta - en cuanto instrumento - fuera de lo que le permita su capacidad intrínseca. Los falsos sentimientos que acabamos de mencionar fácilmente podrían dar lugar a toda clase de malos entendidos. Durante largo tiempo no se comprendió en el movimiento teosófico que la naturaleza corporal del hombre constituye el templo del alma. Debemos recordar al respecto, aquello que tantas veces dijimos: el yo humano habita dentro de tres envolturas o cubiertas, todas ellas más antiguas que el propio yo. Este yo humano es un ser de la tierra, el más joven de los principios humanos - el cuerpo astral tuvo sus orígenes en la antigua Luna, el cuerpo etérico o vital, en el antiguo Sol - de modo que tiene a sus espaldas tres etapas de evolución planetaria; a su modo, el cuerpo físico constituye la parte más completa del hombre, presentando cuatro etapas planetarias de evolución detrás suyo. A través de edades y edades se ha ido llevando a cabo la elaboración del cuerpo físico hasta convertirlo en el perfecto instrumento que es hoy día, dentro del cual se desarrolla el yo humano, en procura de un ascenso gradual hacia las alturas espirituales. Si el cuerpo físico fuera tan imperfecto como el astral y el yo, la evolución humana seria imposible en la tierra. Si tenéis presente la vasta significación de este hecho, no podréis ya asociar ningún sentimiento falso con la idea de que Zaratustra sólo pudo nacer en el seno de la raza hebrea. Se necesitaba un pueblo constituido tal como aquél lo estaba, para poder proveer una naturaleza corporal a un ser del carácter de Zaratustra. Cuando pensamos que dicho ser había evolucionado hasta alcanzar alturas cada vez más grandes, desde la época en que enseñó a su pueblo persa original, nos es forzoso admitir que sólo podía recibir el instrumento corporal adecuado, en el seno de una raza digna de la grandeza de su índole. A través de las evoluciones de Saturno, del Sol, de la Luna y de la Tierra, los dioses se han preocupado por elaborar un cuerpo físico apropiado para la humanidad. Debemos concluir de aquí que la preparación tanto más íntima de un cuerpo humano adecuado para el alto grado evolutivo alcanzado por Zaratustra tiene que haber exigido un divino y espiritual trabajo creador, mucho más largo y esmerado que el habitual. Para poder acoger en su seno a Zaratustra, el pueblo hebreo debió seguir un curso histórico determinado. Las crónicas Akáshicas nos revelan que todo cuanto se encuentra en el viejo Testamento concuerda perfectamente con los hechos históricos. Todas las cosas debieron seguir la dirección estipulada de antemano, en la antigua raza hebrea, para que pudiera producir finamente aquel fruto cumbre: la personalidad de Jesús de Belén. Fue necesario para ello, tomar ciertas disposiciones; fue necesario que de la acumulada cultura de la edad postatlantiana quedara algo capaz de desarrollar en el hombre aquellas fuerzas que debían salir a luz y cuyo destino era reemplazar a la antigua facultad de la clarividencia. El pueblo hebreo fue escogido al efecto de suministrar los cuerpos donde pudiera organizarse lo que llamamos comprensión del mundo, y esto, dentro de las

circunvoluciones del cerebro, sin participación alguna de la perdida clarividencia. Tal, el papel histórico del pueblo hebreo. En Abraham, padre de la raza, fue elegido el individuo capaz de alojar en su cuerpo el pensamiento discriminatorio. Todos los sucesos de importancia anteriores a su tiempo, habian tenido lugar bajo la influencia de la antigua clarividencia, pero surgía ahora una personalidad escogida especialmente para poseer un cerebro, para no ser conducido de aquí para allá por las fantasías e intuiciones clarividentes, para poder considerar las cosas en toda su pureza por medio de la comprensión. Esto exigía un cerebro especialmente organizado y la persona destinada a alojarlo debió ser cuidadosamente escogida. Y esta persona, a no dudarlo, no fue otro que Abraham. Esto concuerda exactamente con lo observado en los registros Akáshicos; en efecto, la dirección de la trayectoria recorrida por Abraham, iba desde más allá del Eufrates hacia el oeste, en dirección a Canaan. Abraham fue mandado buscar, según se nos dice en la Biblia, desde Ur, en Caldea. Mientras los ecos de la antigua y oscura clarividencia perduraban todavía en la civilización egipcia, al igual que en la de Caldea y Babilonia, un individuo de la raza caldea fue escogido y dotado de facultades tales, que ya no necesitó confiar en aquélla, sino tan sólo en las observaciones y hechos que el análisis del mundo exterior ponía de relieve. Con esta nueva potencia, surgió una civilización y sus frutos han impregnado hasta nuestros días toda la cultura y civilización occidentales. Abraham fue quien introdujo este pensamiento combinador, esta lógica matemática; hasta la Edad Media se reconoció en él, en cierto sentido, al fundador de la aritmética. La tendencia fundamental de su pensamiento consistía en considerar al mundo en su relación con la medida y el número. Una personalidad tal se hallaba perfectamente preparada para trabar una relación viva con la Divinidad que se revela a Si misma por mediación del mundo exterior. Salvo la de Jehová, todas las divinidades se habían revelado en el interior de las almas de los hombres; a fin de conocerlas, los hombres debían despertar en sus almas la Imaginación, la Intuición, etc. En la antigua India, los hombres elevaban los ojos hacia el sol; miraban los distintos reinos de la tierra; consideraban todo cuanto tenía lugar en la atmósfera circundante, en el mar, etc. Pero todo esto suponían ellos que no era sino ilusión, es decir, Maya; nada encontraron los hindúes en estos objetos que perteneciese a la Divinidad; sólo creían poder alcanzarla a través de su Imaginación interior, a la cual referían todo lo que contemplaban en el mundo que los rodeaba. Aun en lo que a Zaratustra se refiere, debemos admitir que jamás podría haber señalado a los hombres el gran Ser Solar, si Ahura Mazdao, el poderoso Ser Solar, no hubiera alumbrado previamente en su interior. Todo esto puede observarse, especialmente con referencia a las divinidades egipcias; en efecto, todas ellas surgieron por entero a partir de las experiencias interiores del alma, para ser luego referidas a las cosas externas. Todo cuanto se relaciona con las deidades prehebraicas debe interpretarse desde este punto de vista. Jehová es aquella deidad vista desde afuera, aquella deidad que se aproximaba a los hombres desde el exterior; aquella deidad que se revelaba en el viento y en el clima. Cuando los hombres penetran todo cuanto existe en el mundo circundante con carácter de número y susceptible de ser pesado y medido, no hacen sino aproximarse al Dios Jehová. El camino, en épocas anteriores, era completamente distinto. Brahma era reconocido, primero, en la parte interior del alma y sólo después pasaba al exterior. Jehová, por el contrario, era reconocido primero en el mundo exterior, para ser luego aprehendido en la intimidad de la propia alma del hombre. Tal es el lado espiritual de lo que se conoce como el pacto de Abraham y Jehová. Este hombre poseía un espíritu capaz de comprender a Jehová. La naturaleza física de Abraham era tal que podía comprender a Jehová en su carácter de Dios que daba vida a todos los fenómenos exteriores del mundo. Ahora bien; debido a la idiosincrasia de un individuo, Abraham, nos corresponde a nosotros considerar la misión de todo el pueblo. Era necesario que la conformación espiritual de Abraham se transmitiese a otros individuos. Esto, sin embargo, quedaba comprendido dentro de los limites del instrumento físico, puesto que todo lo que viene al hombre del exterior se halla relacionado con algún órgano perfectamente diferenciado del cuerpo físico. Las religiones de los pueblos de la antigüedad, puesto que se basaban en la oscura clarividencia, no otorgaban mayor importancia a la forma en que las distintas partes del cerebro humano se hallaban constituidas, pero ahora, la comprensión de Jehová se vinculaba estrechamente a dicha conformación. La trasmisión de tales idiosincrasias sólo podía tener lugar por medio de la herencia física en un pueblo estrechamente ligado por vínculos de sangre. Por lo tanto, debía pasar algo especial. Abraham debía tener descendientes

capaces de perpetuar el desarrollo de esa conformación especial del cuerpo físico, cuerpo que hasta entonces había sido formado por los dioses y que alcanzó su máximo florecimiento en Abraham. La formación del cuerpo humano, que hasta entonces había sido obra de los dioses, tenía que llevarse a cabo ahora sin ayuda, por la sola acción del hombre, y ello, a lo largo de sucesivas y numerosas generaciones. La herencia física tenía por misión la perpetuación de un cerebro capaz de comprender a Jehová. El pacto entre Jehová y Abraham debía pasar también a sus descendientes. Pero esto trajo asociado un extraordinario sacrificio de la individualidad de Abraham a Jehová; en efecto, el hombre sólo adquiere la posibilidad de desarrollar una constitución especial, cualquiera que ella sea, si se le da a la misma el fin para el cual fue creada. Por ejemplo, si ha de alcanzar la mano una gran aptitud para cierta tarea especial, esto sólo puede lograrse si sus facultades se desarrollan en conformidad con la intención para la cual fue creada. Para que pudieran desarrollarse las cualidades físicas del cerebro a modo de instrumento para la comprensión de Jehová, fue necesario que el autosacrificio de Abraham y su comprensión de Jehová alcanzaran las alturas más grandes que imaginarse pueda. Y esto ocurrió realmente. Así se nos dice en la Biblia. El sacrificio alcanza su punto más alto cuando se sacrifica lo que uno está destinado a ser en el futuro. Abraham debía sacrificar a Jehová su hijo Isaac. Y con esto, tendría que sacrificar a todo el pueblo hebreo, todo cuanto él mismo era y todo cuanto al mundo había llegado por su mediación. Abraham fue el primer hombre que comprendió a Jehová. Para mostrarle su completa devoción, tenía que entregársele por completo. Con el sacrificio de su único vástago, Abraham renunciaba a la perpetuación de su raza sobre la faz de la tierra, y tan decidido estaba a sacrificarlo, que prácticamente tenía todo listo para hacerlo; deseaba hacerlo. Pero Isaac le fue devuelto. ¿ Qué significa esto? Significa algo tremendo. El propio Jehová le devuelve a Isaac. Esto significa que Abraham había alcanzado un punto tal, donde la misión que se le había encomendado en virtud de su propia individualidad no debía ya ser transmitida por él a la posteridad, sino que la persona de su propio hijo la debía aceptar como un presente de Jehová. Cualquiera que se detenga a meditar lo que antecede comprenderá que yace aquí un hecho de valor histórico universal, hecho que ilumina hasta en los rincones más ocultos los secretos del crecimiento y del desarrollo histórico de la humanidad. Pero veamos ahora el curso que siguieron los acontecimientos. Gracias al sacrificio ofrecido por Abraham a Jehová fue posible que lo que hasta ese entonces había recibido la existencia de los dioses, pudiera perpetuarse por sí mismo. Sabemos todos que el hombre físico nace en realidad, del universo. Sabemos que su naturaleza corpórea, tal como se da en la tierra, se halla relacionada con el número, con la medida y el peso, en conformidad con todas las reglas que rigen el reino de las estrellas. El hombre proviene de ese cosmos de estrellas y guarda en él las leyes de su origen. Las leyes del cosmos debían ser grabadas, por así decirlo, en la sangre que de Abraham pasaría a todas las sucesivas generaciones de la antigua raza hebrea. En ésta, todo debía ser ordenado a fin de que el flujo de la ley continuase, tal como procedía del universo, en el número, la medida y el peso del cuerpo físico humano. Esto encuentra su expresión en una frase de la Biblia que tantas veces ha sido erróneamente interpretada. La expresión a que aludimos no significa que Dios hizo a los israelitas con numerosos como las estrellas del cielo, sino que el modo de su perpetuación, desarrollo y diseminación sobre la faz de la tierra, fue hecho obedeciendo a la misma ley, a la misma relación numérica que rige las estrellas del firmamento. Lo que el pueblo hebreo debía transmitir o perpetuar era su ordenamiento en conformidad con la armonía numérica de las estrellas (Zahlenverhaltnisse). Veamos cómo sucedió. Isaac tuvo dos hijos, Jacob y Esaú. Entonces todo lo que procedía en línea directa de Jacob, a través de las sangres de las sucesivas generaciones, continuó desarrollándose, en tanto que la rama de Esaú fue eliminada y apartada de la línea verdadera. Jacob tuvo doce hijos, en correspondencia con las doce zonas del Zodiaco, a través de las cuales se desplaza el sol en la bóveda celeste, a fin de conservar el orden de las estrellas. Tal, la medida interior de la ley (Gesetzmasigkeit). En la vida y continuidad del pueblo hebreo se observa el fiel reflejo del número y de la medida, tales como rigen en el cielo. Abraham se hallaba decidido a sacrificar a su hijo Isaac; en virtud de ello Jehová lo relevó de su compromiso. En lugar de Isaac se sacrificó un cordero. ¿Qué significa esto? Algo verdaderamente profundo. Y ello es que el físico atributo humano que debía trasmitirse por herencia a través de las sucesivas generaciones de la raza, al que iban asociadas ciertas facultades y del cual dependían la comprensión de la medida y el

número en conformidad con la lógica matemática, debía continuar y ser recibido como un don de Jehová. Pero a fin de que pudiera conservarse puro e inmaculado era necesario renunciar a toda clarividencia; a toda la Imaginación, las lntuiciones y el flujo de todas aquellas Revelaciones tales como aparecen en las antiguas religiones de edades remotas, hasta los caldeos y los egipcios. Debía renunciarse a todo don del mundo espiritual. El último que permanecería, cuando todos los demás dones se hubieran ya oscurecido, era el expresado por el símbolo místico del Carnero. En éste, los dos cuernos del carnero aluden al sacrificio de la flor de loto de dos pétalos: el último don de la clarividencia fue ofrendado después de haber renunciado ya a los primeros. A fin de que lsaac retuviera la cualidad física de este órgano, debía ser sacrificado el último atributo de la clarividencia, el don del carnero o de la flor de loto de dos pétalos. La misión encomendada a este pueblo se continuó así, trasmitiéndose las facultades de Abraham de generación en generación. Toda vez que reaparecía atávicamente la clarividencia, toda vez que alguien podía ver nuevamente en el mundo espiritual, tan fuerte era la reacción provocada, que la persona dotada con este don era inmediatamente apartada de la sociedad, prohibiéndose la vida en común con el grupo. La antipatía hacia el don del carnero halló expresión en la persecución. Tal el casa de José. En sueños recibió una iluminación profética del mundo de los espíritus. El destierro que debió sufrir entonces resulta perfectamente comprensible, puesto que lo que él poseía no estaba de acuerdo con la misión encomendada al pueblo hebreo. fue arrojado del seno de sus hermanos debido a que había reaparecido en él un vestigio de la antigua clarividencia. José debió dirigirse a Egipto porque se había apartado de la misión de su pueblo. Tal, el profundo significado de lo que allí se nos dice. Se comprende ahora cómo por mediación de esa personalidad, en quien se había depositado un antiguo legado que el pueblo hebreo sólo podía considerar en su carácter de don existente con anterioridad a Abraham - por intermedio de José -sucedió algo que, una vez más, resultó de enorme importancia para la marcha del antiguo pueblo hebreo hacia el cumplimiento de su misión. En cierto sentido, estaba cerrada para los hebreos la puerta que conducía a los pueblos hindú y persa hacia su religión, por medio de la vieja y oscura clarividencia. ¡Para ellos estaba cerrada la puerta! Miraban hacia el mundo, regulado de acuerdo con la medida y el número, y reconocían en Jehová a la Unidad por la cual todas estas cosas se hallaban ordenadas. Ellos sabían una cosa y era esto que todo aquello que miraban, todo aquello que encontraban en Jehová como creador de los fenómenos del mundo, y el yo humano (Ichheit) no eran sino una misma cosa única. Pero ninguna imaginación, ninguna experiencia individual interior pudo darse en el seno de aquel pueblo con respecto a estas cosas, y así, debieron aprenderlo todo del exterior. Esto significa que tuvieron que aprender lo de otro pueblo que poseía todavía estas experiencias interiores. Y no fue otro que José el eslabón que vinculó a los antiguos hebreos con los egipcios, pueblo éste de quien los antiguos hebreos pudieron aprender lo que ya no podían experimentar por si mismos. Los hebreos aprenderían así lo que un hombre puede tornar consciente una vez que ha tenido experiencias interiores individuales, sumando a su conocimiento y experiencia del mundo exterior, la Imaginación íntima del ser. Y esto fue lo que sucedió cuando los hebreos trabaron contacto con el pueblo egipcio, pueblo que todavía tenía experiencias clarividentes en gran medida. Los hebreos tuvieron entonces que armonizar estas facultades interiores con las que habían adquirido a través de la lógica matemática. Pero nunca hubieran podido hacerlo solos, sin la conducción de una personalidad dotada de cierto margen de Imaginación. Por eso decíamos que fue José el eslabón adecuado para unir ambos pueblos puesto que poseía aquella facultad. José podía resultar útil a los egipcios porque poseía cualidades de dos clases diferentes; en primer lugar, estaba dotado de la antigua clarividencia anterior a la época de Abraham, hallándose familiarizado también con las facultades que los egipcios habían desarrollado a partir del don original. Pero lo que faltaba a los egipcios era la lógica matemática, es decir que no podían aplicar la facultad de la Imaginación a la vida física ordinaria. Bastaba que sucediese algo sin precedentes para que el Faraón no pudiera resolver el problema correctamente. La Imaginación sola no basta y así, cuando obraba algún factor perturbador, eran necesarias otras aptitudes de que los egipcios carecían; era necesario pensar con claridad y en conformidad con la medida y el número, elaborando su relación recíproca. Pero José sí poseía esta doble capacidad. Por esta razón, se vio en condiciones de prestar buenos consejos a la corte egipcia, para constituirse, finalmente, en el puente que habría de unir hebreos y egipcios. Y esto pudo ser porque las

enseñanzas de Jehová que hasta entonces habían sido una suma de realidades externas, a manera de cuadro matemático del universo, recibieron el color y el contenido de la Imaginación interior de que estaba dotado el pueblo egipcio. Esta relación y armonía entre las antiguas experiencias egipcias y la comprensión de las relaciones cósmicas, tuvo lugar por intermedio de Moisés. Una vez lograda esta fusión, el pueblo fue conducido nuevamente a su tierra donde todo cuanto había visto y oído - no experimentado - en Egipto, seguiría influyendo a su manera sobre su desarrollo ulterior. Lo importante era que el don de Abraham permaneciese puro y sin mezcla, libre de la sangre de otros pueblos; que esa especial cualidad de la sangre no se contaminase sino que, lejos de ello, conservase este antiguo pueblo intacto para su raza lo que por el sacrificio original había logrado. De este modo, el patrimonio de los tiempos antiguos - que en el pueblo de Egipto era el don de la sabiduría - fue transmitido a los antiguos hebreos por Moisés junto con sus facultades lógicas matemáticas. Pero una vez más debieron desprenderse de la tierra en que se hallaban, debido a que las nuevas facultades que debían ser transmitidas a sus descendientes sólo podrían pasar de padres a hijos en un pueblo perteneciente a la raza de Abraham. Y así siguió la vida de este pueblo. Dado que las condiciones preestablecidas tendían a tornarse cada vez mejores, dado que la sangre del pueblo tendía cada vez más hacia esas condiciones preestablecidas y se desarrollaba de esta manera a lo largo de las generaciones, se hizo posible, en cierto momento de su historia, que la naturaleza corporal del niño Jesús configurase entre ellos un cuerpo digno de alojar a la personalidad de Zaratustra. A ese fin, el pueblo hebreo había tenido que crecer fuerte y poderoso. Si, de acuerdo con el Evangelio de San Mateo, seguimos su destino ulterior, a partir del tiempo de los Jueces y de los Reyes, veremos cuán frecuentemente erró este pueblo y veremos también que esto era necesario para poder permitir que sucediera lo que sucedió. Era necesario, especialmente, que este pueblo padeciera toda suerte de infortunios. Así lo demuestra su cautiverio en Babilonia. Veremos cómo contribuye esto a desarrollar sus características especiales y por qué fue necesario que trabasen contacto con el otro lado de la antigua tradición tal como aparece en Babilonia, cuando se hallaban maduros para retomar el camino hacia la meta que se habían propuesto. Esto, por un lado. Por el otro, no debe olvidarse que en el mismo tiempo en que los hebreos trababan contacto con los Babilonios, un poderoso maestro del oriente comenzaba a difundir sus enseñanzas entre ellos y algunos de los mejores hebreos lograron asimilar la luminosa influencia de este gran maestro. Era la época en que Zaratustra, bajo la forma de Zaratas o Nazarathos, efectuaba sus prédicas en las regiones adonde habían sido llevados los judíos por su destino. Algunos de los mejores profetas recibieron su influencia. El resultado no pudo ser mejor con este pueblo; en efecto, la sangre había arrojado ya ciertos frutos y además actuaban ya sobre ellos ciertas influencias extrañas procedentes del exterior. No seria errado, en verdad, comparar todo este proceso con la lenta evolución de un solo ser humano. Supongamos, por ejemplo, un niño recién nacido. En lo que se refiere a su cuerpo, crece hasta el séptimo año bajo el cuidado de sus padres. Durante esta época, recibe la influencia, principalmente, de los factores del plano físico. Luego comienza una transformación que tiene su punto de origen en el nacimiento del cuerpo etérico; esta evolución se basa en el desarrollo de la memoria que sólo es posible adquirir cuando el cuerpo etérico se ha fortalecido en la medida necesaria. El tercer periodo se inicia cuando se produce la iniciación de las relaciones entre el cuerpo astral del hombre y el mundo exterior. Es por entonces cuando el individuo debe adquirir su facultad de juicio. El pueblo hebreo recorrió este camino en forma muy especial. Corresponde el primer periodo al tiempo comprendido entre Abraham y los primeros reyes; comparado con la vida de un solo individuo, en esta época equivaldría al periodo de los primeros siete años de vida. Durante ese tiempo, todo apuntó a establecer la cualidad característica de la sangre. Todo lo que sabemos de esta época, a saber, las andanzas de Abraham, la formación de las doce tribus, el orden en que fueron dadas las distintas partes de la ley mosaica y los peligros del desierto, puede compararse con los sucesos que tienen lugar durante los primeros siete años de vida de la historia de un hombre, en el plano físico. Sigue luego la segunda época, la de la consolidación interior, la comprendida entre el gobierno de los reyes y el cautiverio en Babilonia. Aparece entonces la influencia de los caldeos sobre la civilización hebrea, la influencia oriental, las enseñanzas de los Magos, y surge, finalmente, el gran conductor que, en la persona de Zaratrusta, vertió su saber oriental sobre el pueblo hebreo unos 550 ó 600 años antes de nuestra era. Ya por entonces, se hallaba trabajando

activamente en la preparación de una naturaleza corporal adecuada para una encarnación posterior. En esta forma, a través de todas las generaciones que sucedieron a Abraham, fueron evolucionando más y más todas las posibilidades y condiciones que harían posible el nacimiento de una naturaleza corporal adecuada para la ulterior encarnación de Zaratustra. El Evangelio de San Mateo representa esta evolución, en particular, con maravillosa fidelidad, en el sentido de que permite el surgimiento de una agrupación triple. Tres veces tenemos catorce divisiones: de Abraham a David hay catorce; de David al cautiverio en Babilonia, también catorce, y del cautiverio en Babilonia a Jesucristo, nuevamente catorce; esto hace tres veces catorce divisiones, o sea, cuarenta y dos en total, mostrando cómo en lo que se refiere a Su naturaleza corporal, Jesús no era sino la sintesis de todo lo que había sido cuidadosamente preparado desde la época de Abraham en adelante, a través de las muchas vicisitudes padecidas por el pueblo hebreo. Y ahora debía hacer su aparición un ser humano que reuniera, en un solo hombre; todas las cualidades que habían sido acumuladas, por así decirlo, en una serie de generaciones; un hombre que les diera expresión en Su alma y en las actividades de Su alma. Toda la evolución hebraica, desde Abraham en adelante, se resumió así en un hombre, alcanzando su culminación en el Jesús del Evangelio de San Mateo. ¿Cómo podríamos comprender esto? Sólo sería posible, recapitulando en la vida espiritual de un hombre el curso completo de esta evolución. Zaratustra surgió aproximadamente, en las cercanías de Ur, en Caldea, pero espiritualmente procedía de los Misterios de donde también Abraham había venido. Fue allí donde la "Estrella de Oro" fue vista por primera vez; comenzó a brillar allí y, de ahí en más, los Reyes Magos la siguieron: esta estrella era el propio Zaratustra encarnado que recorría el camino que ya antes había recorrido Abraham, para instalarse en el lugar en que habría de nacer el niño. En ese momento, la individualidad de Zaratustra se encarnó en el niño Jesús que nació en Belén. Los Reyes Magos lo supieron y siguieron al cometa, lo cual significa que no hicieron sino seguir a su gran maestro Zaratustra, que se hallaba en trance de encarnar. Lo que ahora nos interesa es que esta trayectoria se continúa en realidad, que en el interior de la persona de un Jesús se condensa toda la civilización hebrea. En primer lugar, vemos repetirse el sacrificio en el espíritu: el sacrificio de lsaac. Se repite, en esencia, en el sacrificio ofrendado por los tres Reyes Magos de Oriente: Oro, Incienso y Mirra. Nuevamente vemos aquí algo que nos recuerda un acontecimiento más lejano en la historia del antiguo pueblo hebreo. Todo lo relacionado con el nacimiento del niño Jesús representa, de alguna manera, un reflejo de las vicisitudes padecidas por la raza hebrea. Tenemos allí a un José con su patrimonio de sueños, que representó el vinculo entre los pueblos hebreo y egipcio; nuevamente tenemos otro José que también tuvo sueños, llegando a saber, en uno de ellos; no sólo que Jesús habría de nacer, sino que debería llevarlo a Egipto. Continúa así el desarrollo de Zaratustra en la forma corporal del niño Jesús. Del mismo modo en que había seguido la trayectoria recorrida por Abraham en el plano físico desde Ur, en Caldea, hasta Canaan, así continuó ahora su viaje a Egipto, y a su tiempo, nuevamente retornó de Egipto, del mismo modo que el pueblo hebreo había vuelto de Egipto. De este modo, al iniciarse la vida de Jesús de Belén, que más tarde se llamó el Nazareno, encontramos una réplica de las vicisitudes padecidas por el antiguo pueblo hebreo hasta su regreso de Egipto a la tierra prometida de Palestina. Aquello que había tenido lugar a través de largos siglos, bajo la forma de la historia exterior de la raza hebrea, se repetía ahora en las vicisitudes de aquel ser humano que, bajo la forma corporal de Jesús de Belén, alojaba al antiguo maestro Zaratustra. Esto, en un sentido lato y de acuerdo con el significado del Evangelio de San Mateo, constituye el secreto de la historia humana. Nunca se comprenderá la historia humana, a menos que se reconozca en el destino de los grandes individuos a quienes se ha encomendado una misión especial que cumplir, una repetición de toda la evolución cumplida a lo largo de los siglos, puesto que estos hombres deben condensar en su propia encarnación todo lo que ha tenido lugar en el transcurso de la historia. Grande, insuperable, era por cierto lo que Jesucristo tenia que representar pero, ante todo, Su naturaleza corporal debía ser preparada convenientemente, y esto sólo podía alcanzarse por los medios mencionados. ¿En qué momento del tiempo tuvo lugar dentro de la personalidad de Jesús esta breve recapitulación de toda la historia del pueblo hebreo? Si queremos comprender este momento, tendremos que revisar ciertos hechos evolutivos, operación para la cual he tratado de prepararos durante tantos años. Considerad lo siguiente: la humanidad surgió a partir de un estado primitivo en que todo lo que liga a los hombres

entre si, en el amor, se hallaba relacionado con el vinculo de la sangre. Los individuos amaban a aquellos con quienes se hallaban estrechamente vinculados por la sangre y sólo se casaban con quienes poseían estos vínculos. Ningún otro amor existía por entonces y he ahí por qué el matrimonio se asociaba con la relación de sangre. Era esto lo que se llamó "matrimonio cerrado"; la humanidad se originó en el matrimonio cerrado. En diversos puntos de la tierra, cada vez comenzaron a romperse más y más estos vínculos. En todos los pueblos podemos comprobar cuán extraordinaria resultó la transición del "matrimonio cerrado" al "matrimonio abierto", según el cual podían casarse hombres y mujeres de familias diferentes. Todos los mitos y leyendas nos lo describen como un extraño suceso; por ejemplo, la Canción de Gudrun. Esta transición siempre produjo una impresión de extrañeza en el pueblo. Durante esta evolución, se desarrollaron dos tendencias en la humanidad. En la unión de unos individuos con otros por el vinculo de la sangre, obraba el Divino Principio espiritual que mandaba a la humanidad ser una sola. Contra su acción, se levantaba la del activo Principio Luciférico, mandando a cada hombre mantenerse solo y apartado, mandando que cada individuo se tornase tan poderoso y grande como fuese posible. Y ambos principios debian hallarse presentes en la naturaleza humana, ambas fuerzas debían tomar parte en la evolución humana. Ahora bien; estas dos fuerzas contrarias obraron todo a lo largo de la evolución humana: las Divinas Fuerzas Espirituales y también las Luciferitas, que habían permanecido rezagadas en la Luna; fuerzas deseosas de impedir que los hombres se perdiesen, prefiriendo que se mantuvieran independientes. Estas dos fuerzas obraron sobre la evolución del hombre, y él yo humano, que es un producto de la tierra, se dividió, por consiguiente, aqui y allá; de un lado, fue atraído hacia el amor humano, del otro, hacia la autosuficiencia interior. Pues bien; en cierto momento, en el transcurso del tiempo, se produjo una crisis relacionada con la interacción de estas dos fuerzas. Esta crisis, aplicada a los negocios humanos, tuvo lugar cuando por acción del Imperio Romano los pueblos comenzaron a mezclarse unos con otros sobre gran parte de la tierra. Fue éste, realmente, un gran momento para el destino de la evolución humana; el momento en que el problema decisivo concerniente al matrimonio cerrado o abierto, debía ser definitivamente aclarado. La gente debió enfrentar el peligro o bien de perder su yo al permanecer en grupos familiares separados, o bien de perder toda vinculación con la humanidad y convertirse en meros individuos separados, independientes y egotistas. El momento decisivo había llegado. ¿ Qué iría a pasar ahora? Algo definitivo. El yo humano debía adquirir la suficiente madurez para desarrollarse dentro de si mismo. Debía desarrollar aquello que, por primera vez, podía llamarse independencia y voluntad, y debía ser capaz, finalmente, de desarrollar el amor del alma libremente en su interior, amor éste que no se hallaba ya restringido por los vínculos de la sangre. El yo se vio enfrentado, así, con esta alternativa decisiva. En completa libertad, debía tornarse más consciente de sí mismo. Toda la humanidad del mundo antiguo, con excepción de los pueblos orientales, se hallaba confrontada ahora con un nuevo nacimiento del yo, con un nacimiento por el cual el yo podría elevarse a un amor nacido dentro de sí mismo. El yo debía ahora elaborar amor por medio de la libertad, y libertad por medio del amor. Y, en realidad, sólo aquel individuo capaz de hacerlo puede declararse completamente humano. Sólo es un verdadero hombre aquel que posea un yo semejante. En efecto, aquel que sólo ama en virtud de la existencia de un lazo de sangre está obligado a amar y no hace con ello sino expresar en una forma superior lo que ya existe en otra inferior, el estado animal. En el momento a que me vengo refiriendo, el hombre alcanzó, por primera vez, su desarrollo completo. En este momento comenzó a difundirse sobre la tierra una influencia que terminaría haciendo de los hombres, hombres verdaderos. Recordad lo que en incontables ocasiones os he dicho: el ser del hombre consiste en tres partes, a saber, el cuerpo físico, que tiene en común con los minerales; el cuerpo etérico, que tiene en común con las plantas; y el cuerpo astral - en el que se hallaba situado realmente el amor hasta entonces - que posee en común con los animales. Con su yo plenamente desarrollado, el hombre es la cúspide de la creación terrena. Todos los demás seres terrenos poseen nombres que se les pueden dar desde afuera; son objetos. El yo tiene un nombre que sólo puede darse a si mismo. En el yo, es Dios quien habla; las vinculaciones terrenas ya no hablan en él, sino el reino del Espíritu; cuando el yo ha alcanzado su plena evolución, el Espíritu del Cielo habla en él. Podría decirse que hasta aquella época habían existido tres reinos: el mineral, el vegetal y el animal; un cuarto reino, que se elevaba ciertamente por encima de los anteriores, no había

alcanzado aún, ciertamente, la perfección; no había recibido todavía en su seno su naturaleza completa superterrena. Este reino, que consistía en el hecho de haber entrado en la naturaleza de un ego (Ichheit) - que por ninguna parte había aparecido hasta entonces sobre la tierra - el mundo espiritual, el Reino de los Cielos; este reino se denomina, en el lenguaje de la Biblia, el "Reino" o "El Reino de los Cielos", o simplemente, "El Reino de Dios". El Reino del Cielo no es sino otra forma de describir al "reino humano". Si hablamos de un reino mineral, vegetal y animal, también podemos hablar, de acuerdo con la Biblia, de un cuarto reino, el reino del cielo. Así, de acuerdo con el sentido de la Biblia, el reino humano es el "Reino de los Cielos", y aquellos que en aquella época pudieron ver el curso total de la evolución humana de acuerdo con el significado de los Misterios, podrían haber dicho lo siguiente: volved la vista hacia las edades del pasado: la humanidad se hallaba entonces en camino hacia la existencia humana; el reino del cielo no había llegado todavía a la tierra; pero ha llegado el día, ahora, en que el reino del cielo desciende a la tierra." Dijo el precursor de Cristo, al igual que el propio Jesús: "El Reino del Cielo está al alcance de la mano". Se revela en estas palabras el profundo valor de esta época. En ella debía ver la luz el nacimiento de Jesucristo. Era su misión dotar a la humanidad de las potencias necesarias para que el yo pudiese desarrollar las cualidades de que acabo de hablaros. Toda la evolución humana se divide, por consiguiente, en dos partes. Una parte precristiana en que el reino del cielo no habia descendido todavía a la tierra, y una segunda parte en que ya lo había hecho, indicando así el punto en que el reino humano alcanzó su máxima significación. Fue la antigua raza hebrea la elegida para proveer la naturaleza corporal. La envoltura física adecuada para prestar abrigo a un Ser capaz de convertirse en el portador de este reino celestial. Tales los secretos que surgen ante nuestra vista asombrada, cuando consideramos históricamente, en un sentido más profundo, las cuestiones asociadas con el evangelio de San Mateo. De este modo, a las dos corrientes de que hablamos antes, afirmando que habían contribuido a preparar el advenimiento de la cristiandad - las corrientes del pensamiento Zaratustriano y Budista - debemos agregar una tercera, la corriente hebraica representada por aquel antiguo pueblo. Podríamos decir, entonces, que hubo en cierta época dos maestros, Buda y Zaratustra, que desearon efectuar (a la cristiandad) la ofrenda de sus caudales religiosos. Para ello era necesario levantar un templo, templo que sólo podía ser construido por el antiguo pueblo hebreo. Ellos fueron, en efecto, quienes construyeron el templo para la naturaleza corporal de Jesús. Las dos corrientes originales tomaron parte en la formación de este templo: Zaratustra, al ofrecer el sacrificio de incorporarse a este cuerpo; Buda, al ofrecer más tarde el sacrificio de permitir a su Nirmanakaya penetrar en el otro Jesús. De este modo, ambas corrientes se unieron en una sola. A fin de poder trasmitiros lo que, en cierto sentido, son pensamientos ocultos, os he expuesto hoy un esquema abstracto y fugaz de estos profundos Misterios. Pero para poder entregar estos pensamientos ocultos debía describirlos, en su mayoría, en forma abstracta. Más adelante proseguiremos su estudio de modo tal que podáis formaros una idea de la misión del antiguo pueblo hebreo y de la manera singular en que Jesucristo se desarrolló en su seno. Se revela, así, el extraño hecho de que a partir de la historia, a partir del curso ordinario de la evolución, haya emergido un Ser de infinita importancia, de valor eterno e incontrovertible. Se revela así, gradualmente, cómo de un mundo perecedero puede nacer algo capaz de durar eternamente.

TERCERA CONFERENCIA

En la conferencia anterior nos referimos al Evangelio de San Mateo en su relación con la Misión de los hebreos y el advenimiento de Jesucristo en el seno de este pueblo. En efecto, mediante la ayuda que nos brinda el estudio de los Evangelios, lograremos que se haga gradualmente la claridad en lo concerniente a la forma en que se unieron las diferentes corrientes de la vida espiritual, formándose, sobre esa base, la gran corriente única del cristianismo, que habría de desarrollar papel tan esencial en el ulterior desenvolvimiento de la tierra. En un breve curso como éste, sólo es posible trazar una somera reseña de

la participación que correspondió al pueblo hebreo en la evolución general de la humanidad. Pero no podrá interpretarse correctamente el Evangelio de San Mateo a menos que se tengan en cuenta, en cierta medida, otros rasgos significativos de dicho pueblo. Para ello, será necesario imponer a nuestros espíritus con toda claridad del carácter real que tuvo su misión. Ya hemos visto la gran diferencia que media entre ésta y las misiones de otros pueblos cristianos. En efecto, estas últimas se hallaban todavía vinculadas con aquello que podríamos denominar experiencias de la antigua clarividencia. Puesto que estas experiencias se daban entre todos los pueblos antiguos, bien podrían llamarse experiencias de la antigua Sabiduría. Si hubiéramos de describir este hecho en forma completamente externa, diríamos: en la antigua Atlántida los hombres, en general, podían ver todavía los fenómenos del mundo espiritual. Si bien las experiencias de los Iniciados eran de orden superior, todo individuo poseía una noción general del mundo de los espíritus; así, en algunos estados conscientes de transición, los hombres de entonces podían penetrar los reinos espirituales. Esas facultades debieron ser reemplazadas, sin embargo, por aquella que constituye, en la actualidad, la principal facultad del hombre, es decir, la actividad de la mente, la adquisición de una comprensión del mundo exterior por medio de los sentidos físicos, a través de la vida en el mundo físico. A lo largo del lento transcurso del desarrollo precristiano, fue adquiriendo el hombre, gradualmente, esta facultad. De este modo, puede afirmarse que el antiguo pueblo hindú poseía todavía un rico residuo de la vieja clarividencia. Las enseñanzas de los Rishis sagrados constituían el legado de las épocas antiguas, el patrimonio de una sabiduría rudimentaria. Aún en la segunda época cultural - de la antigua Persia - las enseñanzas y prédicas de los discípulos de Zaratustra no se fundaban sino en este legado de la vieja clarividencia. Del mismo modo, la astronomía caldea se hallaba impregnada de la pasada sabiduría, y otro tanto podía decirse de la egipcia. Ni los egipcios ni los caldeos hubieran sido capaces de comprender una ciencia formulada sobre la base de las facultades post-atlantianas. En efecto, en aquellos tiempos, no existía una ciencia de carácter físico, una ciencia expresada bajo la forma de ideas y conceptos. El tipo de pensamiento prevaleciente en la actualidad no existía entonces. Es necesario establecer la considerable diferencia que media entre un verdadero clarividente de nuestro tiempo y los clarividentes de la antigua Caldea o Egipto. Veamos en qué consiste un caso de clarividencia en nuestros días. El clarividente percibe lo que se conoce con el nombre de manifestaciones del mundo espiritual; percibe presentaciones, experiencias del mundo del espíritu, en forma tal que se ve obligado a impregnar estas experiencias con su pensamiento terreno ordinario, con la comprensión lógica adquirida a través de su existencia terrenal. Las experiencias de un moderno clarividente no pueden ser comprendidas si éstas no se han manifestado en un espíritu ya adiestrado, en forma metódica y ordenada, en el pensar lógico y claro. En caso contrario, las revelaciones actuales permanecen oscuras e incomprensibles; para entenderlas, es necesario que el espíritu las encare con pensamiento lógico. Todo aquel que experimente estas visiones sin la voluntad del pensar lógico, sin la voluntad de una clara comprensión, sin la suficiente preparación y desarrollo de sus potencias terrenas, sólo podrá tener visiones incomprensibles, clarividencias que, no pudiendo interpretarse, resultarán confusas y, a veces, engañosas. Sólo un espíritu dotado de una gran voluntad de aprender en forma inteligente, puede llegar a gozar, en la actualidad, de la inspiración del vidente. En un movimiento espiritual como el nuestro, se le concederá la mayor importancia, por consiguiente, al hecho de que el aprendizaje de la facultad vidente no debe ser un desarrollo unilateral; al hecho de que las manifestaciones del mundo espiritual no deben ser encaradas de manera unilateral, sino que, en todos los casos, el espíritu deberá desempeñar un papel activo, saliendo al encuentro de estas revelaciones y experiencias. También ha de recurrirse a la capacitación lógica si se desea desarrollar la facultad de la visión interior; en nuestros días, no pueden separarse ya estas dos cosas. Pero en los tiempos de Egipto o de Caldea, la situación de los videntes era completamente distinta. Entonces, el vidente recibía, junto con sus inspiraciones - que seguían un camino totalmente distinto - las leyes de la lógica. No necesitaba, por lo tanto, un estudio particular de la lógica. Una vez adquirida cierta preparación espiritual, junto con sus inspiraciones, la experiencia clarividente le impartía la ley completa. Nuestro organismo actual ya no puede comportarse en esta forma; el hombre ha superado esta etapa, dejándola a sus espaldas, pues la evolución va siempre hacia adelante. Teniendo presente esta diferencia, no resulta difícil comprender que en las épocas precristianas aparecieran constantemente residuos de la antigua

clarividencia, con la sola excepción del antiguo pueblo hebreo. Dicho pueblo estaba destinado a desarrollar un órgano humano capaz de comprender al mundo físico exterior en conformidad con los principios de la medida, el número, etc., a fin de poder elevarse gradualmente del mundo físico hacia el conocimiento de lo espiritual tal como se halla contenido en la imagen de Jehová. El hecho esencial es que, al elegir a Abraham, se trató de escoger a un individuo cuyo cerebro se hallara conformado de tal manera que pudiera convertirse en el progenitor de toda una raza, la cual, su vez habría de presentar la misma facultad peculiar. Estos hombres no sólo habrían de recibir revelaciones en el interior de su ser, sino que también habrían de considerar como bienes del conocimiento todo aquello que les llegase desde el exterior. De este modo, todos los valores recibidos por los descendientes de Abraham procedieron, en primer lugar, no de su interior, sino del exterior. Fue tan grande la importancia de esta diferencia, que no tardó este pueblo en distinguirse por completo, en su carácter general, de las demás razas de la antigüedad. Debe entenderse, sin embargo, que la vieja facultad, el viejo patrimonio heredado de otros tiempos, no se perdió de golpe. Debe entenderse que aun entre los hombres de este pueblo se conservaban todavía algunos residuos de dicho patrimonio. Tal, el caso de José, que tanto de común poseía con otras razas. Fue por esta razón que pudo constituir el puente tendido entre los antiguos hebreos y los egipcios, pueblo este último situado todavía por completo bajo la influencia espiritual de los tiempos precristianos. ¿Por qué fue necesario que hubiese un pueblo tan especialmente preparado? ¿Por qué fue necesario escoger a un pueblo y separarlo de todos los demás, dotándolo de cualidades especiales? Simplemente, porque la humanidad debía hallarse preparada para el advenimiento de Jesucristo a la tierra. Por entonces, la antigua clarividencia y la relación de la sangre ya habían cumplido su finalidad; algo nuevo debía surgir ahora entre los hombres: el uso pleno del yo. Gracias a la completa mezcla de la sangre, algo que en el pasado había tenido inmensa importancia, perdió todo su significado para ser sustituido por el pleno goce del yo. En esta forma se incorporó el verdadero reino humano o "Reino del Cielo" a los demás reinos. Por regla general, sin embargo, la humanidad no es enteramente apta para reconocer las cosas nuevas cuando éstas surgen. Los sucesos que se producen en el Espíritu nunca son reconocidos como tales de inmediato. La gente siempre habla con ligereza de los profetas que han anunciado su visita en el futuro. Esto ha sido lo corriente, tanto en la época precristiana como en la poscristiana. En los siglos XII y XIII hubo un deseo profundo de profetas. En diferentes lugares de la tierra, hubo hombres que afirmaron que en un futuro no lejano habría de volver Cristo al mundo; se llegó a señalar, incluso, el lugar en que esto ocurriría. A veces, en otras épocas, llegaron a tener lugar dichas apariciones. La gente decía que este o aquel individuo eran la encarnación del nuevo Cristo. Claro está que no es necesario detenerse a considerar estas profecías, pues las contradicciones y fallas se hallan a la vista. Todas ellas tienen en común el mismo defecto: anuncian proféticamente un acontecimiento futuro pero nada hacen por preparar a los hombres para reconocer dicho acontecimiento cuando llegue el momento de su aparición; nada hacen por impartir a las almas el estado de percepción necesario para poder comprender realmente el anunciado acontecimiento. Los hombres a quienes se efectúan estas declaraciones deben experimentar algo semejante a lo que sentía aquel maestro de escuela de que habla Hebbel en sus notas. Cuenta este autor que un maestro golpeaba a su alumno porque era incapaz de comprender a Platón; a lo cual agrega, risueñamente, que este mismo alumno podría ser, quizás, una reencarnación de Platón. No es otro el caso de aquellos que constantemente hablan de la próxima reaparición de Cristo. Bien podría suceder que no se hallasen adecuadamente preparados para el acontecimiento si realmente El viniese; esta misma gente habría de tomar a Cristo, entonces, por algo completamente distinto de lo que realmente es. Era necesaria, pues, dicha preparación, y esto debe quedar bien entendido si hemos de comprender el Evangelio de San Mateo. Si hemos de describir el Hecho de Cristo desde este punto de vista, diremos que consiste en el conocimiento de que Cristo fue Aquel que tornó posible, a partir de aquel momento, no sólo la recepción de meras impresiones físicas del exterior, sino también la recepción del Espíritu. Y para ello era necesario capacitar a cierta clase especial de hombres. Todo a lo largo de la antigua historia Hebrea se observa la existencia, en realidad, de cierto pueblo especialmente preparado para la comprensión del Hecho de Cristo. Eran pocos los hombres así capacitados entre los antiguos hebreos, pero debemos estudiarlos muy de cerca si hemos de comprender la índole de la preparación exigida por

el advenimiento de Cristo, y la forma en que este pueblo dotado de las cualidades trasmitidas por Abraham pudo llegar a comprender proféticamente que el yo humano debía serles impartido para su salvación (Heiland). Los hombres que estaban preparados para conocer y reconocer clarividentemente lo que realmente significaba Cristo, recibieron el nombre de Nazarenos. Ellos percibían en forma clarividente lo que se había preparado en el seno de la antigua raza hebrea a fin de que Cristo pudiera nacer entre ellos y ser comprendido por ellos. Los nazarenos se hallaban regidos por reglas estrictas en su vida interior; estas reglas habían sido impuestas con la debida consideración a su constitución íntima, debido a la clarividencia que habían desarrollado, y teniendo en cuenta, también, la época a que pertenecian, tan diferente de la nuestra. Si bien guardan algún parecido entre si, deben distinguirse claramente estas reglas de aquellas que rigen el desarrollo del conocimiento espiritual de nuestros días. Cosas de enorme importancia para la secta de los nazarenos apenas tienen hoy una importancia relativa; y mucho de lo que actualmente es de máxima importancia, sólo la tenia entonces en grado comparativo. No ha de creerse, por lo tanto, que lo que antiguamente podía llevar a un hombre al conocimiento clarividente de Cristo, sea capaz de conducirlo, en la actualidad, a conocimientos tan fructíferos e importantes. La primera condición exigida a los nazarenos era la completa abstención de probar cualquier clase de bebidas alcohólicas; se les prohibía, además, comer cosa alguna preparada con vinagre. Aquellos que seguían rigurosamente las instrucciones impartidas se privaban, asimismo, de todo alimento o bebida derivado de la uva. Los hombres consideraban que en la uva el principio de la formación vegetal pasaba más allá de cierto punto, más allá del punto en que actúa exclusivamente la energía solar. Afirmaban, en efecto, que no sólo participaba en la formación de las uvas la energía solar, sino también algo más de procedencia interior, que hacia madurar al fruto, año a año, cuando la energía solar había perdido ya su vigor; algo que operaba y alcanzaba su máxima potencia en el otoño. De este modo, sólo podían beber los jugos o bebidas derivadas de la uva aquellos que no deseaban alcanzar la facultad clarividente en su grado superior, aquellos que deseaban tan sólo rendir honor al dios Dionisio, permitiendo que sus facultades se desarrollasen, por así decirlo, desde las entrañas de la tierra. Se les prohibía a los nazarenos, además, mientras duraba el lapso de su preparación de acuerdo con los principios nazarenos, trabar contacto con todo aquello que muriese en posesión de un cuerpo astral. En una palabra, con todo ser de naturaleza animal. Debían ser, pues, vegetarianos en el sentido más estricto de la palabra; y así, en los círculos de los nazarenos más estrictos, la principal fuente alimenticia la constituía la vaina de algarrobo. También se alimentaban con la miel de las abejas salvajes - no de las domésticas - como así también con la miel producida por otros insectos. Más tarde, estos mismos medios de vida fueron los escogidos por Juan el Bautista, de quien se dice que se alimentaba de vainas y miel silvestre. Esta afirmación de los evangelios resulta engañosa; los alimentos allí mencionados no son langostas - seres que no habitan en el desierto - como parecería desprenderse de ciertas versiones bíblicas, sino las ya mencionadas vainas de algarrobo. En otras ocasiones, he tenido oportunidad de señalar errores similares. Otra de las exigencias que debían cumplir los nazarenos durante su preparación para la clarividencia, era la de no cortarse el cabello. Cabe señalar que todas estas costumbres se hallaban íntimamente relacionadas con la evolución total de la humanidad. Aun ésta de permitir crecer el cabello, debe considerarse en su relación con la evolución total del hombre; todo aquello, que vive en el hombre sólo puede comprenderse cuando se lo examina desde el punto de vista del espíritu. Por extraño que ello parezca, debemos ver en nuestro cabello el vestigio de ciertas radiaciones por las cuales pasó, en otra época lejana, la fuerza del sol al hombre. En aquellos tiempos, lo que la energía del sol vertía sobre el hombre era algo vivo. Por ello, en aquellos lugares donde la gente tiene conciencia todavía de las cosas más profundas, se encuentra, a menudo, dicho concepto. En los antiguos grabados de leones, por ejemplo, se observa frecuentemente que el escultor no se limita a representar a los leones con su soberbia melena, en la forma en que suele hacerse hoy día, sino que en ellos la melena del león se halla adherida al cuerpo como si constituyese algo procedente del exterior, como si fuesen los rayos del sol que, tejiéndose en torno a su cabeza, se hubieran corporizado en la enmarañada melena. Por esta razón, en la antigüedad, la gente razonaba que quizás fuese posible recibir la energía solar dejándose crecer el cabello, especialmente si éste era fuerte y sano. Claro está que por la época de los nazarenos, no era esto, para los hebreos, ni más ni menos que un símbolo. En ciertos

aspectos, el progreso humano consistió realmente en permitir que aquello que vivía espiritualmente detrás del sol fluyese hacia los hombres. En el paso hacia adelante que significó el pasaje del viejo don de la clarividencia hacia el nuevo poder de combinar los pensamientos con referencia al mundo circundante, se estableció que el hombre apareciese, en lo sucesivo, desprovisto de la antigua cabellera. Debemos representarnos a los hombres de Atlántida y de las primeras épocas post-atlantianas, provistos de poderosas cabelleras, signo de que los rayos de la luz espiritual brillaban todavía ardientemente sobre ellos. Tuvo lugar la elección entonces y, según se nos cuenta en la Biblia, al velludo Esa, en quien debe verse al descendiente de Abraham pero con las huellas todavía de aquella antigua conformación, fue preferido el lampiño Jacob. Este representa, en efecto, el hombre tal como había de desenvolverse más tarde, con todos sus atributos del pensar lógico, adecuado a los objetos del mundo exterior. Jacob apartó a Esa del camino. Se cortó, así, una rama más de la antigua línea. De él provienen los Edomitas, en quienes se perpetuaron las cualidades antiguamente adquiridas. Todo esto se halla hermosa y exactamente expresado en la Biblia. Una vez más tenía que producirse en la humanidad una conciencia de lo que es la vida espiritual y surgió, efectivamente, en una forma completamente nueva, entre los nazarenos, según se pone de manifiesto en su hábito de dejarse crecer el cabello durante el período de aprendizaje. Desde antiguo se evidencia la relación que el cabello guarda con la luz del Espíritu en el hecho de que las palabras luz y cabello, con la excepción de un signo al cual se le concede generalmente poca importancia, se expresan con la misma palabra. La antigua lengua hebrea apunta siempre hacia los secretos más profundos de la humanidad, por lo cual debe mirársela como un poderoso caudal de sabiduría. Tal el fundamento de la vieja práctica de los nazarenos de dejarse crecer el cabello, práctica que no ha de considerarse ya de mayor importancia. Durante el transcurso de su aprendizaje, los nazarenos debían alcanzar una experiencia clarividente perfectamente clara y definida; tenía ésta por objeto darles una idea de lo próxima que se hallaba la humanidad al día del advenimiento de Cristo. El último gran nazareno de la época de Cristo fue Juan el Bautista. No sólo había experimentado en sí mismo los frutos más altos del aprendizaje nazareno, sino que había alcanzado la facultad de capacitar a otros para la percepción de dichas experiencias. La coronación de este aprendizaje fue el "Bautismo de Juan". Debemos tratar de comprender todo lo grande, que fue su valor en el curso de la evolución. ¿ Qué fue y adónde condujo este bautismo? Consistió, en primer lugar, en la inmersión de un hombre en el agua, por medio de lo cual se logró que su cuerpo etérico se liberara en cierto grado del cuerpo físico, con el cual, no mediando circunstancias extrañas, se halla indisoluble y estrechamente ligado. Vosotros sabéis que al ahogarse, como consecuencia de la liberación del cuerpo etérico, los hombres ven, en un relámpago, el cuadro de su vida entera. También en el bautismo de Juan tuvo lugar este fenómeno. Un hombre contempló, entonces, los acontecimientos de su vida entera, acontecimientos que de otro modo habría olvidado por completo. Vio también lo que era, como hombre, en aquel momento determinado. El cuerpo físico se desarrolla por acción de su fundamento: el cuerpo etérico; este miembro del ser humano, si bien forma parte del cuerpo físico, sólo puede ser percibido cuando se separa parcialmente de aquél, y esto fue lo que sucedió en el bautismo de Juan. Si hombre alguno hubiera experimentado este mismo bautismo tres mil años antes de nuestra era, habría sabido que el grado más alto de espiritualidad susceptible de ser impartido a los hombres debía llegarles a éstos a manera de legado de la antigüedad (puesto que lo que a los hombres llegaba desde el mundo de lo espiritual en los tiempos antiguos, era todavía, en realidad, un legado) a manera de cuadro trazado en el cuerpo etérico, cuadro que configuraba el cuerpo físico. En esta forma de bautismo, les era revelado, especialmente a aquellos que habían alcanzado una evolución superior a la de la humanidad normal, cómo descansaba todo su conocimiento en la antigua inspiración. Así, estos hombres eran representados, de acuerdo con la visión de la naturaleza etérica del alma, bajo la forma de Serpientes, y aquellos que habían experimentado (la visión) recibían el nombre de "Hijos de la Serpiente", debido a que habían percibido la profundidad con que los Seres luciféricos habían penetrado en la humanidad. Aquella parte que correspondía al cuerpo físico no era sino creación de la Serpiente. Pero en este caso, en este bautismo que ocurrió, no tres mil años antes de Juan el Bautista, sino precisamente en su día, sucedió algo completamente distinto, a saber, que entre aquellos que fueron bautizados había ya algunos que presentaban signos en su naturaleza de cierto progreso de la evolución humana y de que un Yo, que había fructificado a partir del

mundo circundante, se hallaba dotado de ese inmenso poder El cuadro revelado en este bautismo fue, pues, enteramente diferente de aquellos percibidos en épocas anteriores y lejanas. Estos hombres no vieron ya la fuerza creadora del cuerpo etéreo en la semejanza (Bild) de la Serpiente, sino en la del Cordero. Este cuerpo etérico no estaba ya impregnado desde dentro con el producto de las fuerzas luciféricas, sino que estaba dedicado totalmente al mundo espiritual, en virtud de que las grandes cosas que habían comenzado a suceder en el mundo exterior, iluminaban ahora el alma del hombre. En el bautismo de Juan, fue experimentada esta visión del cordero por todos aquellos capaces de comprender realmente la significación de dicho bautismo. Eran éstos, también, quienes podían decir de sí mismos: el hombre debe cambiar, debe convertirse en un ser enteramente nuevo. Fueron los pocos que experimentaron esta visión en el bautismo de Juan, quienes pudieron decir: ha sucedido algo grande, el hombre ha cambiado; el Yo se ha convertido ahora en dueño y señor de la tierra. Los hombres que recibieron el bautismo de Juan se hallaban preparados para comprender los signos de los tiempos y supieron entonces que sucedería el gran acontecimiento. Esta y no otra fue la misión de los nazarenos. Mediante el bautismo, adquirieron la certeza del próximo advenimiento de Cristo. Lo percibieron al aflojarse sus cuerpos etéricos del cuerpo físico durante el bautismo. Juan el Bautista pudo declarar entonces que había llegado el día en que el yo podría ingresar a la naturaleza humana. fue reconocido, por ello, como aquel que dio sentido a los tiempos que le habían precedido. Logró, entre otras cosas, reunir a su alrededor un grupo de discípulos a quienes trató de demostrar como, a través del cambio operado en el yo, el Principio de Cristo podría penetrar ahora en el hombre. Juan el Bautista había desarrollado la práctica y la enseñanza nazarena llevándola a su grado más alto, de modo, que la profecía alcanzó por fin su cumplimiento cabal. Formó en torno a sí un grupo de hombres capaces de comprender la aproximación del Hecho de Cristo. Sólo en este sentido pueden comprenderse las palabras pronunciadas por el Bautista. Las palabras por él pronunciadas, en efecto, deben aceptarse en toda su infinita profundidad, y ya no es posible permitir que una humanidad deseosa de desentrañar las cuestiones a estos sucesos vinculados, no vean en Juan el Bautista más que un fanático irracional que injurió a los fariseos apostrofándolos con el epíteto de generación de víboras, y diciéndoles: "Y no penséis decir dentro de vosotros: A Abraham tenemos por padre: porque yo os digo que puede Dios despertar hijos a Abraham aun de estas piedras." Juan el Bautista podría haber sido, verdaderamente, una suerte de temible látigo si no se hubiera complacido en el hecho de que los fariseos y los saduceos acudieran a él para ser bautizados. No obstante, tan pronto como éstos acuden en demanda de ayuda, Juan los encuentra en falta. ¿A qué se debe este proceder? Cuando se examinan estas cosas desde la parte de adentro, no se tarda en advertir que detrás de aquellas palabras no se encuentran injurias fanáticas tan sólo, sino que entrañan una significación verdaderamente profunda. Pero sólo puede comprenderse esta significación cuando se tiene en cuenta cierta tendencia especial del antiguo pueblo hebreo. De cuanto llevamos dicho, puede concluirse que Abraham fue un hombre escogido especialmente, un hombre constituido u organizado en forma tal que resultara posible, en sus descendientes, el nacimiento de Cristo. Para que esto pudiera suceder, debía desarrollarse el atributo original en él encerrado. Debe comprenderse, además, que para el desarrollo de este atributo fue necesario sacar del paso ciertas cosas que obstaculizaban su crecimiento. Vimos, ya cómo fue arrojado José; pero antes que éste, muchos otros habían sido también desterrados; Esaú, por ejemplo, el progenitor de los Edomitas, había sido arrojado, por poseer en su ser un antiguo patrimonio de tiempos anteriores. Sólo debía conservarse y transmitirse a la posteridad aquella cualidad de que estaba dotado Abraham. Esta verdad se halla magníficamente ilustrada por el hecho de que Abraham poseía dos hijos, Isaac hijo de Sarah, por un lado, y por el otro, lsmael. El antiguo pueblo hebreo desciende de Isaac. Abraham poseía, sin embargo, otras cualidades. Si aquéllas hubieran sido transmitidas a las generaciones posteriores, nunca se hubiera conseguido implantar a la raza la modalidad apropiada para el advenimiento de Cristo. Por lo tanto, todas ellas debieron confinarse dentro de otra línea de descendientes, la de Ismael el hijo de Hagar, la doncella egipcia. De este modo, de Abraham proceden dos líneas de descendientes; una deriva de Isaac, la otra, del desterrado Ismael; esta última llevaba en sus venas la sangre de una mujer egipcia, por lo cual no podía reunir las cualidades necesarias para la misión que había sido impuesta a la raza hebrea. ¡Entonces pasó algo extraordinario! Los hebreos debían, por un lado, transmitir a sus descendientes las

cualidades necesarias para su misión, en tanto que la antigua sabiduría -patrimonio de origen más remoto- debía serles impartida desde el exterior; así, debieron ir al Egipto a fin de recibir las enseñanzas que sólo aquella tierra podía ofrecerles. Moisés fue el hombre capaz de impartir esta antigua sabiduría a los hebreos, debido a que era un Iniciado egipcio. Por cierto que jamás podría haberlo hecho si sólo hubiera poseído dicha sabiduría en la forma egipcia. Craso error sería pensar que dichos conocimientos podían pasar simplemente del Egipto a la línea de los descendientes de Abraham. En efecto, jamás la cultura de los hebreos hubiera podido asimilarlas, resultando, por el contrario, una anomalía cultural. A su iniciación egipcia, Moisés agregó algo de naturaleza completamente diversa. Lo que había adquirido mediante su iniciación no podía ser transmitido tan fácilmente a los israelitas. Una vez recibida la revelación del monte Sinaí, impartió a su pueblo, hallándose lejos de Egipto, los dictados de dicha revelación. ¿En qué consistía ésta? ¿ Qué recibió Moisés en aquella ocasión y qué le ofreció a su pueblo? Le ofreció algo perfectamente adecuado para ser injertado en la raza, debido a que se hallaba vinculado a la misma en forma muy especial. En cierta época los descendientes de Ismael se habían alejado, en sus andanzas, de la tierra natal, estableciéndose en las regiones que más tarde había de recorrer Moisés con su pueblo. Aquellas cualidades que habían sido transmitidas a los ismaelitas por intermedio de Hagar, y que, si bien relacionadas por cierto con Abraham, conservaban todavía junto con las muchas especiales por él contenidas, muchas otras provenientes de antiguos legados, fueron halladas por Moisés entre los ismaelitas, quienes tenia sus propios Iniciados. Gracias a las revelaciones recibidas por esta rama de la raza, le fue posible a Moisés efectuar las revelaciones del monte Sinai, tornándolas comprensibles para los israelitas. Hay una antigua leyenda hebrea que dice: con Ismael, un retoño de la raíz de Abraham fue sacado y trasladado a Arabia. Arabia significa el desierto. Aquello que se desarrolló en esta rama fue parte, igualmente, de la enseñanza de Moisés. Los antiguos hebreos recuperaron, por intermedio de Moisés, bajo las formas de las enseñanzas del Sinai, lo que habían arrojado de su sangre; así, volvió a ellos desde el exterior. Vemos aquí una vez más la extraña misión de la antigua raza hebrea; todo debía serle impartido en forma tal que más tarde fuese devuelto, como un don. Y como un don de afuera, Abraham recibió, con lsaac, la salvación y perpetuación de todo el pueblo hebreo; y Moisés y su pueblo volvieron a recibir, con los descendientes de lsmael, aquello que habían desechado. Durante este período de separación, no sólo habría de desarrollar este pueblo su propia organización, sino que recibiría nuevamente, como un donde Dios, aquello que había apartado de sí. Realmente, debemos leer la Biblia con extremo cuidado si hemos de justipreciar toda la importancia de las palabras que contiene. Todas estas cosas se presentan como un rasgo característico del pueblo hebreo, todo a lo largo de su historia. De los descendientes de Hagar salió a luz algo relacionado con la entrega de la Ley de Moisés, en tanto que la sangre, que representaba la facultad peculiar de los israelitas surgió (abstammt) de Sarah. Agar o Hagar tiene en lengua hebrea el mismo significado que Sinaí. Ambas palabras quieren decir "el pináculo de la Montaña de las Piedras". Podría así decirse: Moisés recibió su revelación de la Ley de la Gran Piedra, piedra que constituye una representación exterior de Hagar. Lo que el pueblo judío recibió bajo la forma de "la Ley" no tuvo su origen en las mejores facultades de Abraham, sino en las de Hagar, en el Sinaí. De modo que aquellos que se limitaron a obedecer a la ley tal como ésta le fuera entregada a Moisés en el Sinai - los fariseos y los saduceos - se vieron expuestos al peligro de permanecer detenidos en su desarrollo. Y fueron ellos, también, quienes, en el bautismo de Juan, no quisieron ver el Cordero, sino la Serpiente. así, lo que de otro modo sólo podría parecer el agrio reproche del bautista, se convierte en una hermosa advertencia a los fariseos y saduceos cuando aquél los apostrofa: "Vosotros que seguís a la Serpiente, cuidaos de ver realmente lo que ha de verse en el bautismo, es decir, no la Serpiente, sino el Cordero". Y les dijo, además, que no debían justificarse en el hecho de que tenían a Abraham por padre, porque eso sólo era una expresión para ellos; y que juraban por lo que les había sido entregado en el monte Sinai, y esto había dejado de guardar significado alguno para ellos. Ahora, algo semejante a un yo recién nacido debía incorporárseles, procedente del exterior: "Os hago conocer este Yo", declaró Juan el Bautista. "Os hago saber que del judaísmo habrá de desarrollarse aquello que realmente ha llegado a nosotros a través de las generaciones, sobre lo cual no puede ya jurarse solamente en el monte Sinaí, sino en todos aquellos lugares que nos rodean. Por ello, vendrán los Hijos de Dios que podrán ver el Espíritu detrás

del mundo de los sentidos. De estas piedras, la Palabra de Dios podrá llamar a los hijos de Abraham. Vosotros no comprendéis en absoluto la expresión: A Abraham tenemos por padre". Después de todo lo dicho, estas palabras adquieren pleno significado. Y no se crea que derivan tan sólo de las Crónicas Akashicas, pues también están en la Biblia. Compárese con esto, si no, lo que Pablo dijo al respecto, en su Epístola a los Gálatas (Gál. IV, 24-25). Confirma allí, el apóstol Pablo, lo que acabamos de decir. Dice, asimismo, que Hagar o Agar es la misma palabra que Sinaí, que lo que fue entregado en el Sinai era un testamento, más allá del cual habrán de evolucionar los hombres que, gracias a haber alcanzado a lo largo de las generaciones aquel atributo especial de Abraham, podrán comprender la significación del advenimiento de Jesucristo. Al mismo tiempo, debemos referirnos a cierta frase que debe ser comprendida en el futuro. Es lástima grande que en una época en que el hombre ha llevado su inteligencia aparentemente a tan grandes alturas del razonamiento, se medite poco sobre algunas cosas. Por ejemplo, en la expresión: "¡Arrepentios!" De acuerdo con su significado, tendría que traducírsela, más o menos, en la forma siguiente: ¡Provocad un cambio en vuestros espíritus! Se nos dice en muchas partes que Juan bautizó para lograr el arrepentimiento, esto es, para cambiar el espíritu por medio del agua. Puesto que la persona bautizada procedía del agua, su espíritu debía volver cambiado; ya no debía mirar hacia atrás, hacia las antiguas tradiciones, sino hacia adelante, hacia aquello que habría de apoderarse de su yo libre, el yo que había sido liberado por intermedio de Jesucristo. El espíritu debía tornar la mirada desde la dirección de los antiguos dioses hacia la de los nuevos Seres espirituales o dioses. En esta forma, el objetivo primordial del bautismo de Juan era la transformación del espíritu. Juan bautizaba con agua a fin de despertar en los individuos la capacidad de reconocer que el Reino del Cielo estaba al alcance de la mano y que a través del mismo podrían llegar a comprender Quién era Jesucristo. Se agrega, así, algo más a lo que ya sabíamos con respecto a la misión del antiguo pueblo hebreo. Todo ello conduce a una comprensión gradualmente mejor de Cristo. Maravilloso como parece, todas las partes diversas de esta misión se hallan reunidas. Vimos ya cómo se organizó en Abraham aquello que habría de desarrollarse más adelante a lo largo de las generaciones. A fin de lograrlo, mucho fue lo que debió rechazarse, en forma tal que las cualidades apropiadas pudieran continuar desarrollándose y trasmitiéndose por herencia en la sangre de la raza. Tales cualidades sólo las podía adquirir el hombre desde el exterior, pero la razón por la cual fue elegido este pueblo y separado de los demás, en los tiempos de Abraham, se circunscribe a un solo Ser, el de Jesús. Los judíos necesitaban algo a que aferrarse como, por ejemplo, una enseñanza; éstas debían llegarles siempre desde el exterior y, en realidad, así fue, volviendo a ellos lo que ellos mismos habían desechado. Aquello que les fue devuelto por intermedio de Ismael no permaneció en su sangre, sino que sólo existió en su conocimiento. así, los hebreos lo recibieron nuevamente al serles entregada la Ley en el Sinai. El propósito de esta ley caducó cuando llegó el tiempo en que los hombres ya no necesitaron de lo que de la Piedra les había llegado, sino que recibieron aquello que debía llegarles desde el mundo exterior. En esta forma, se fue cumpliendo lentamente la preparación para la época en que los Hijos de Dios - esto es, los hombres - despertasen de las piedras, cuando detrás de todas las piedras, si, detrás de toda la tierra, se les revelase el mundo del espíritu. Todas estas cosas no son sino nuevas perspectivas útiles para la comprensión de la misión cumplida por el pueblo hebreo. Sólo cuando esta misión haya sido plenamente comprendida, podrá entenderse en todo su valor la potente forma de Jesucristo tal como se nos presenta en el Evangelio de San Mateo.

FIN